

Cta 213 Al abate Bellière

J.M.J.T.

Carmelo de Lisieux 26 de diciembre de 1896

Señor abate:

Hubiese querido contestarle antes, pero la Regla del Carmelo no permite escribir ni recibir cartas durante el tiempo de adviento. Sin embargo, nuestra Madre me permitió, por excepción, leer la suya, comprendiendo que usted necesitaba ser ayudado especialmente con la oración.

Le aseguro, señor abate, que hago todo lo que está en mis manos para alcanzarle las gracias que necesita; y esas gracias ciertamente le serán concedidas, pues Nuestro Señor no nos pide nunca sacrificios superiores a nuestras fuerzas¹. Es cierto que a veces Nuestro Salvador nos hace sentir toda la amargura del cáliz que presenta a nuestro espíritu. Y cuando pide el sacrificio de todo lo que nos es más querido en este mundo, es imposible, a no ser por una gracia especialísima, no exclamar como él en el huerto de la agonía: "¡Padre, aparta de mí este cáliz!... Pero que [1vº] no se haga mi voluntad, sino la tuya".

Es muy consolador pensar que Jesús, el Dios fuerte², conoció nuestras debilidades y tembló a la vista del cáliz amargo, ese cáliz que poco antes había deseado tan ardientemente beber...

Señor abate, verdaderamente es hermosa la parte que le ha tocado, pues Nuestro Señor la escogió para sí y fue el primero en mojar sus labios en la copa que a usted le ofrece.

Un santo ha dicho: ¡El mayor honor que Dios puede hacer a un alma no es darle mucho, sino pedirle mucho³! Jesús lo trata, pues, como a un privilegiado. Quiere que usted comience ya su misión y que por medio del sufrimiento le salve ya almas. ¿No fue por el sufrimiento y por la muerte como él mismo redimió al mundo...? Yo sé que usted aspira a sacrificar su vida por el divino Maestro, pero el martirio del corazón no es menos fecundo que el derramamiento de sangre, y este martirio es desde ahora ya el suyo. Tengo, pues, mucha razón al decir que es hermosa la parte que le ha tocado y que es digna de un apóstol de Cristo.

Señor abate, usted viene a buscar consolaciones junto a la que Jesús le ha dado por hermana, y tiene derecho a hacerlo. Y ya que nuestra Reverenda Madre me da permiso para escribirle, quisiera responder a la grata misión que se me ha confiado; pero siento que el medio más seguro para lograrlo es orar y sufrir...

[2rº] Trabajemos juntos en la salvación de las almas, no tenemos más que el único día de esta vida para salvarlas y dar así al Señor pruebas de nuestro amor. El mañana de este día será la eternidad, y entonces Jesús le devolverá centuplicadas las alegrías tan dulces y legítimas que usted hoy le sacrifica. Él conoce el alcance de su sacrificio, él sabe que el sufrimiento de sus seres queridos aumenta aún más el suyo propio. Pero él también sufrió este martirio: por salvar nuestras almas, abandonó a su Madre, vio a la Virgen Inmaculada de pie junto a la cruz con el corazón traspasado por una espada de dolor. Pero eso,

espero que nuestro divino Salvador consuele a su madre de usted, y así se lo pido encarecidamente. Si a quienes usted va a abandonar por su amor, el divino Maestro les dejase entrever la gloria que le tiene reservada, la multitud de almas que formarán su cortejo en el cielo, se verían ya recompensados del enorme sacrificio que su alejamiento les va a producir.

Nuestra Madre sigue enferma, aunque de unos días a esta parte se encuentra un poco mejor; espero que el divino Niño Jesús le devuelva las fuerzas, que ella gastará en su servicio. Esta Madre venerada le envía esa estampa de san Francisco de Asís, que le enseñará la forma de encontrar la alegría en medio de las pruebas y las luchas de la vida.

Espero, señor abate, que [2rº] siga rezando por mí, que no soy un ángel, como usted parece creer, sino un pobre carmelita cargada de imperfecciones, que, sin embargo, a pesar de su pobreza, tiene igual que usted el deseo de trabajar por la gloria de Dios.

Sigamos unidos por la oración junto al pesebre de Jesús.

Su indigna hermanita,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 213

1 El 28 de noviembre de 1896, el abate Bellière escribía a Teresa: «El Maestro me envía una dura prueba, como hace con los que ama. Y yo soy muy débil. Dentro de unos días me enviará seguramente al Seminario de Misiones Africanas. Mi deseo se va a ver al fin realizado. Pero tengo que luchar mucho, tengo que romper con grandes y muy queridos afectos y con hábitos de bienestar que me resultan también muy queridos y agradables. Todo un pasado risueño y feliz que me tienta todavía fuertemente. Necesito fuerzas, queridísima hermana» (LC 172). Se conserva el sumario de la respuesta de Teresa en borrador, que muestra su manera de actuar (cf CG p. 934).

2 Versículo que se repite con frecuencia en la liturgia de Navidad.

3 P. Pichon; cf Cta 172.

Inicio

Cta 214 A sor Genoveva

3 de enero de 1897 (?)

¡¡Feliz día de tu santo..!!

El Sr. Totó desea un feliz onomástico a la Señorita Lili¹.

NOTAS Cta 214

1 Observa sor Genoveva: «Este billete me lo ofrecía un bebé, en colores intensos, y que llevaba una florecita».

Inicio

Cta 215 A sor María del Sdo. Corazón

Comienzos de 1897

J.M.J.T.

¡¡¡Jesús te ama con todo su corazón, y yo también, madrina querida...!

Teresa del Niño Jesús
rel. carm.

Inicio

Cta 216 A la madre Inés de Jesús

J.M.J.T.

Jesús + 9 de enero de 1897

Querida Madrecita, si supieras cómo me emociona ver cuánto me quieres... Nunca podré demostrarte mi gratitud aquí en la tierra... Espero irme pronto allá arriba¹. Y puesto que "*Si hay un cielo, es para mí*"², seré rica, tendré todos los tesoros de Dios, y él mismo será *mi bien*, y entonces podré devolvarte centuplicado todo lo que te debo. ¡Qué alegría de sólo pensarlo...! Me duele mucho recibir siempre y nunca dar.

Hubiera querido no ver correr las lágrimas de mi Madrecita, pero me ha encantado ver el buen fruto que esas lágrimas produjeron, fue algo fantástico.

No, yo guardo rencor a nadie cuando miran a mi Madrecita con malos ojos, pues tengo muy claro que las hermanas no son más que instrumentos puestos ahí adrede por Jesús para que el camino de la *Madrecita* (al igual que el de *Teresita*) se parezca al que Él escogió para sí cuando fue peregrino en la tierra de destierro... Entonces su rostro estaba escondido, [vº], nadie lo reconocía, era objeto de desprecios... Mi Madrecita no es objeto de desprecios, ¡pero qué pocos la reconocen desde que Jesús ha escondido su rostro³...!

¡Qué hermosa, Madre mía, es la parte que te toca...! Es verdaderamente digna de *tí*, la privilegiada de nuestra familia; de ti, que nos muestras el camino como esa golondrina que vemos siempre a la cabeza de sus compañeras y que traza en el aire la ruta que debe conducir las a su nueva patria.

¡Ojalá sepas comprender el cariño de tu hijita que quisiera decirte *tantas tantas* cosas!

NOTAS Cta 216

1 Primera alusión explícita a su muerte próxima en la correspondencia de Teresa.

2 Probable alusión a este verso de SOUMET: «¿Para quién serían los cielos si no fuesen para mí?» (*Jeanne d'Arc martyre*). La variante introducida por Teresa: «Si hay un cielo» es una alusión velada a su prueba de la fe. Cf RP 3, 22r^o/v^o, que atribuye erróneamente este verso a d'Avrigny.

3 Es decir, desde que la madre Inés ya no es priora.

Inicio

Cta 217 A sor María de San José

Enero de 1897 (?)

J.M.J.T.

¡Preciosas las coplillas...! ¡Qué mezquindad ir a mendigar a casas de otros² teniendo llena la propia bolsa!

Pero lo que no es mezquindad es dormir, ser amables y alegres; éste el "humilde oficio del tendero"³, que nunca puede cerrar la tienda, ni siquiera los domingos y las fiestas, es decir, los días que Jesús se reserva para probar nuestras almas...

Canta como un pinzón tus graciosos coplas⁴, que yo, como pobre gorrioncillo, gimo en mi rincón, cantando como el judío errante: "La muerte no puede nada contra mí, lo sé muy bien⁵..."

[v^o] Ya no oigo hablar del famoso mantel⁶, ¿se sigue hablando aún de él?

NOTAS Cta 217

1 Coplillas compuestas por sor María de San José.

2 La propia Teresa, a quien sor María de San José le había pedido que le compusiese una poesía.

3 Cf Cta 204, n. 3.

4 Alusión a la voz armoniosa de sor María de San José.

5 Endecha del Judío Errante, 15ª estrofa.

6 Trabajo del arreglo de la ropa, del que estaban encargadas las roperas: sor María de San José y Teresa.

Inicio

Cta 218 Al Hermano Simeón

J.M.J.T.

Carmelo de Lisieux, 27 de enero de 1897

Jesús +

Señor Director:

Me siento feliz de unirme a mi hermana sor Genoveva para darle las gracias por la preciosa gracia que consiguió para nuestro Carmelo¹.

No sé cómo expresarle mi gratitud; por eso, quiero, a los pies de Nuestro Señor, mostrarle con mis pobres oraciones cómo me ha conmovido su bondad para con nosotras...

A mi alegría se ha mezclado un sentimiento de tristeza al saber que su salud se había quebrantado. Por eso, pido a Jesús con todo el corazón que prolongue el mayor tiempo posible su vida, tan preciosa para la Iglesia. Yo sé que nuestro divino Maestro debe de tener prisa [1vº] por coronarle en el cielo; pero espero que lo deje todavía en el destierro para que, trabajando por su gloria como lo ha hecho desde su juventud, el peso inmenso de sus méritos supla al de otras almas que se presentarán ante Dios con las manos vacías.

Yo me atrevo a esperar, queridísimo Hermano, ser una de esas almas afortunadas que participarán de sus méritos. Creo que mi carrera aquí abajo no va a ser larga... Cuando comparezca ante mi amado Esposo, no tendré para ofrecerle más que mis deseos; pero si usted me ha precedido ya en la patria, espero que venga a mi encuentro y que presente en mi favor el mérito de sus obras, tan fecundas... Ya ve que sus carmelitas nunca pueden escribirle sin pedirle algún favor y sin apelar su generosidad...

Señor Director, usted es tan *poderoso* para *nosotras* en la tierra, nos ha obtenido ya tantas veces la bendición [2rº] del Santo Padre León XIII, que no puedo dejar de pensar que en el cielo Dios le dará un enorme poder sobre su corazón. Le suplico que no me olvide ante él si tiene la dicha de verlo ante que yo... Lo único que le ruego que pida para mi alma es la gracia de *amar* a Jesús y de *hacerle amar* todo lo que pueda.

Si el Señor viene a buscarme a mí primero, le prometo orar por sus intenciones y por todas las personas que usted ama. De todas formas, yo no espero a estar en el cielo para hacer esta oración: desde ahora me siento ya feliz de poder probarle así mi profunda gratitud.

En el Sagrado Corazón de Jesús, me sentiré siempre dichosa, señor Director, de llamarme

Su humilde y agradecida carmelita,

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 218

1 La bendición del Santo Padre para el Carmelo, con ocasión de las bodas de oro de la más anciana de las carmelitas, sor San Estanislao.

Inicio

Cta 219 A la madre Inés de Jesús

22 de febrero de 1897

Querida Madrecita, te has roto la nariz... Sí, pero ¡LA TIENES LARGA...! Siempre te quedará suficiente, mientras que la mía, si la rompo, no me quedará nada²...

¡Qué felices somos de saber reírnos de todo...! Sí, sí..., en esto no hay *peros*...

NOTAS Cta 219

1 Contrariedad cuyas circunstancias ignoramos.

2 Sobre la nariz larga de la madre Inés, cf CA 8.7.5, y sobre la «*nariz pequeña*» de Teresa cf CA 31.7.3.

Inicio

Cta 220 Al abate Bellière

(Carmelo de Lisieux) Miércoles noche

24 de febrero de 1897

Jesús +

Señor abate:

Antes de entrar en el silencio de la santa cuarentena¹, quiero añadir unas letras a la carta de nuestra venerada Madre para darle las gracias por la que usted me envió el mes pasado².

Si a usted le consuela pensar que en el Carmelo una hermana ora por usted sin cesar, mi gratitud hacia Nuestro Señor no es menor que la suya, pues él me ha dado un hermanito destinado por él a ser su sacerdote y su apóstol... Verdaderamente, sólo en el cielo sabrá usted cuánto le quiero. Siento que nuestras almas fueron hechas para comprenderse. Esa su prosa, que usted llama "ruda y pobre", me revela que Jesús ha puesto en su corazón unas aspiraciones que sólo concede a las almas que él llama a la más alta santidad. Puesto que él mismo me ha elegido para ser su hermana, espero que no mirará mi debilidad, o, mejor dicho, que se servirá de esta misma debilidad para llevar a cabo su obra, pues al Dios fuerte le gusta mostrar su poder sirviéndose de lo que no es nada.

Unidas a él, nuestras almas podrán salvarle [1vº] muchas almas, pues el buen Jesús ha dicho: ""Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, mi Padre del cielo se lo concederá". Y lo que nosotros le pedimos es trabajar por su gloria, amarle y hacerle amar... ¿Cómo no van a ser bendecidas nuestra unión y nuestra plegaria?

Señor abate, ya que el cántico sobre el amor³ le ha gustado, nuestra Madre me ha dicho que le copie algunos más, pero no los recibirá hasta dentro de algunas semanas, porque tengo pocos momentos libres, incluso los domingos, debido a mi oficio de sacristana. Estas pobres poesías le revelarán, no lo que soy, sino lo que quisiera y debiera ser... Al componerlas, he atendido más al fondo que a la forma. Por eso, no siempre se respetan las reglas de la versificación, pues lo que buscaba era expresar mis sentimientos (o, mejor, los sentimientos de una carmelita) a fin de responder a los deseos de mis hermanas. Esos versos responden mejor a la sensibilidad de una religiosa que a la de un seminarista; no obstante, espero que le gusten. ¿No es acaso su alma la prometida del Cordero de Dios y no será pronto su esposa, el día bendito de su ordenación de subdiácono?

Le agradezco, señor abate, el haberme escogido para madrina del primer niño que tenga el gozo de bautizar⁴. Me toca, pues, a mí escoger el nombre de mi futuro ahijado. Quiero darle por protectores a la Santísima Virgen, a san José y a san Mauricio, patrono de mi querido hermanito. Es cierto que ese niño no existe todavía más que en el pensamiento de Dios, pero ya ruego por [2rº] él y cumplo por adelantado mis deberes de madrina. También ruego por todas las almas que le van a ser confiadas, y sobre todo pido a Jesús que hermosee la suya con toda clase de virtudes, en especial con su amor.

Me dice usted que reza también mucho por su hermana. Ya que me hace esta caridad, me gustaría mucho que rezase todos los días esta oración en la que se encierran todos mis deseos: "Padre misericordioso, en el nombre de nuestro buen Jesús, de la Virgen María y de los santos, te suplico que abrases a mi hermana en tu Espíritu de amor y que le concedas la gracia de hacerle amar mucho⁵..."

Usted me ha prometido rezar por mí *durante toda su vida*, que, sin duda, será más larga que la mía, y no le será dado cantar como a mí: "Mi destierro, lo espero, será breve⁶..."; pero tampoco le estará permitido olvidarse de su promesa. Si el Señor me lleva pronto con él, le pido que continúe rezando todos los días esa breve oración, pues en el cielo deseare lo mismo que deseo ahora en la tierra: amar a Jesús y hacerle amar.

Señor abate, debo de parecerle muy rara, y quizás hasta lamente tener una hermana que, al parecer, quiere ir gozar del descanso eterno y dejarlo a usted solo trabajando... Pero tranquilícese, que lo único que deseo es la voluntad de Dios, y le confieso que si en el cielo no pudiese seguir trabajando por su gloria, preferiría el destierro a la patria.

Desconozco el futuro, pero si Jesús convierte en realidad [2vº] mis presentimientos, le prometo seguir siendo su hermanita allá en el cielo. Nuestra unión, lejos de romperse, se hará más estrecha; allí ya no habrá ni clausura ni rejas, y mi alma podrá volar con usted a las lejanas misiones. Nuestros papeles seguirán siendo los mismos: el suyo, las armas apostólicas, el mío, la oración y el amor...

Señor abate, me doy cuenta de que me estoy olvidando del tiempo, es ya tarde y dentro de unos minutos tocarán al Oficio divino⁷; sin embargo, tengo que hacerle todavía una petición. Me gustaría que me escribiese las fechas importantes de su vida, a fin de poderme unir a usted de una manera muy especial para agradecerle a nuestro Salvador las gracias que le ha otorgado.

En el Sagrado Corazón de Jesús Hostia, que pronto será expuesto a nuestra adoración⁸, me siento dichosa de poder llamarme siempre:

Su menor y humilde hermanita,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 220

1 La cuaresma, que comenzaba el 3 de marzo.

2 Transcribimos aquí algunos pasajes de esa carta: «Mi muy querida hermana en N.S. La bondad que Dios usa conmigo es realmente conmovedora, y la que a usted le ha concedido actúa profundamente en mi alma, que se siente plenamente reconfortada por las atenciones que su caridad le inspira. Cada vez que me llega un poco de la piedad de que se vive en el Carmelo, siento que soy mejor y quisiera amar a Jesús como ahí lo aman. Usted, hermana, lo tenía en el corazón cuando compuso ese cántico de amor que tuvo a bien enviarme. En él se respira un aliento divino que hace a uno puro y fuerte. (...) Yo quisiera poder cantar como usted, querida hermana, para poder decirle a Jesús los sentimientos que los suyos me inspiran. Pero él es tan bueno, que se digna también aceptar mi ruda y pobre prosa. Su corazón es tan tierno, que no presta demasiada atención a las formas y su gracia baja siempre a nosotros. Sí, sí, hermana, «Vivamos de amor»» (LC 174, 31/1/1897).

3 Su poesía *Vivir de amor*, del 26 de febrero de 1895.

4 El abate Bellière está seguro ya de que partirá para Africa en octubre: «El próximo año será un año de noviciado, de preparación inmediata, y después = Dios y el trabajo. Cuando bautice a mi primer negrito, pediré a vuestra Madre que sea usted la madrina, pues será suyo ya que usted lo habrá conquistado para Dios más que yo» (LC 174).

5 Cf una petición parecida al P. Roulland, Cta 189.

6 Poesía *Vivir de amor*, estr. 9.

7 Oficio de Maitines, a las 9 de la noche.

8 Por los tres días llamados de las Cuarenta Horas.

Inicio

Cta 221 Al P. Roulland

Jesús + 19 de marzo de 1897

Querido hermano:

Nuestra madre acaba de entregarme sus cartas, no obstante estar en cuaresma (tiempo durante el cual no se escribe en el Carmelo). Y me ha dado permiso para contestarle hoy, pues mucho nos tememos que nuestra carta de noviembre haya ido a visitar las profundidades del río Azul. Las de usted, fechadas en septiembre, hicieron una feliz travesía y vinieron a alegrar a su Madre y a su hermanita en la fiesta de Todos los Santos. La del 20 de enero nos llegó bajo la protección de san José. Y ya que usted sigue mi ejemplo escribiéndome en todas las líneas, no quiero perder yo esta buena costumbre, que, no obstante, hace que mi mala letra sea todavía más difícil de descifrar...

¡Ay, cuándo llegará el día en que no tengamos ya necesidad de tinta ni de papel para comunicarnos nuestros pensamientos...! Usted, hermano, a punto estuvo de ir a visitar ese país encantado donde es posible hacerse comprender sin escribir e incluso sin hablar¹; doy gracias a Dios con toda el alma por haberle dejado en el campo de batalla para que pueda ganar para él numerosas victorias. Ya sus sufrimientos han salvado muchas almas. San Juan de la Cruz dijo: "Es más precioso (...) un [1v^o] poquito de este puro amor y más provecho hace a la Iglesia, (...) que todas esas otras obras juntas"². Si eso es así, ¡cuán provechosos para la Iglesia han de ser sus sufrimientos y sus pruebas, dado que sólo por amor a Jesús usted los sufre *con alegría!*

Verdaderamente, hermano, no puedo compadecerlo, pues se cumplen en usted estas palabras de la Imitación de Cristo: "Cuando el sufrimiento te parezca dulce y lo ames por amor a Jesucristo, habrás hallado el paraíso en la tierra"³. Este paraíso es, en verdad, el del misionero y el de la carmelita. La alegría que los mundanos buscan en medio de los placeres no es más que una sombra fugitiva; pero nuestra alegría, la que buscamos y saboreamos en los trabajos y en los sufrimientos, es una realidad extremadamente dulce, un disfrute anticipado de la felicidad del cielo.

Su carta, toda ella impregnada de santa alegría, se me ha hecho muy interesante. Siguiendo su ejemplo, me reí de buena gana a costa de su cocinero, al que veo desfondando su olla... También su tarjeta de visita⁴ me ha divertido mucho; no sé ni siquiera de qué lado volverla, me parezco a un niño que quiere leer un libro poniéndolo al revés.

Pero volviendo a su cocinero, ¿creerá que en Carmelo también nosotras tenemos a veces aventuras divertidas? El Carmelo, al igual que el Su-Tchuen, es un país extraño al mundo, donde uno pierde sus costumbres más primitivas. Lo voy a poner un ejemplo. Una persona caritativa nos regaló hace poco una *pequeña langosta* bien atada en una cesta. Seguramente hacía mucho tiempo que no se había visto en el monasterio semejante maravilla. Sin embargo, nuestra buena hermana cocinera se acordó de que había que poner en agua al animalito para cocerlo. Y así lo hizo, lamentando tener que someter a tamaña crueldad a una inocente criatura. La inocente criatura parecía dormida y [2rº] y se dejaba manejar a capricho; pero en cuanto sintió el calor, su dulzura se cambió en furia y, consciente de su inocencia, no pidió permiso a nadie para saltar en mitad de la cocina, pues su caritativo verdugo no había puesto la tapa a la olla. La pobre hermana se arma enseguida de unas tenazas y corre tras la langosta que da saltos desesperados. La lucha continúa por mucho tiempo, hasta que la cocinera, cansada de luchar y todavía armada de sus tenazas, se va toda desconsolada a buscar a nuestra Madre y le declara que la langosta está endemoniada. Su aspecto era aún más elocuente que sus palabras (¡pobre criaturilla -parecía decir-, tan dulce y tan inocente hace un momento, y ahora endemoniada! ¡Verdaderamente, no hay que creer en los cumplidos de las criaturas!). Nuestra Madre no pudo menos de echarse a reír al escuchar las declaraciones del severo juez que pedía justicia, se dirigió inmediatamente a la cocina, cogió la langosta -que, al no haber hecho voto de obediencia, opuso alguna resistencia- y, metiéndola de nuevo en su prisión, se fue, no sin antes haber cerrado bien la puerta, es decir la tapa. Por la noche, en la recreación, toda la comunidad rió hasta las lágrimas a cuenta de la langosta endemoniada, y al día siguiente todas pudimos saborear *un bocado*. La persona que quería regalarnos no erró el blanco, pues la famosa langosta, o, mejor dicho, su historia, nos servirá más de una vez de festín, no ya en el refectorio, pero sí en la recreación.

Tal vez mi historieta no le parezca a usted muy divertida, pero puedo asegurarle que, si hubiese asistido al espectáculo, no habría podido conservar su gravedad... En fin, hermano, si le aburro, le ruego que me perdone. Ahora voy a hablar más en serio.

Después de su partida, he leído la vida de varios misioneros (en mi carta, que quizás no haya recibido, le daba las gracias por la vida del P. Nempon). He leído, [2vº] entre otras, la de Teófilo Vénard⁵, que me interesó y me emocionó mucho más de lo que pueda decir. Bajo esta impresión, he compuesto algunas estrofas, totalmente personales; no obstante, se las envío⁶, pues nuestra Madre me ha dicho que cree que estos versos le agradarán a mi hermano de Su-Tchuen. La penúltima estrofa requiere algunas explicaciones: en ella digo que partiría feliz para Tonkín si Dios se dignase llamarme allá. Tal vez esto le sorprenda, ¿pues no es acaso un sueño el que una carmelita piense en partir para Tonkín? Pues bien, no, no es un sueño, y hasta puedo asegurarle que si Jesús no viene pronto a buscarme para el Carmelo del cielo, algún día partiré para el de Hanoi, pues ahora en esa ciudad hay un Carmelo, fundado hace poco por el de Saigón. Usted ha visitado hace poco este último, y sabe bien que en Cochinchina una Orden como la nuestra no puede sostenerse sin vocaciones francesas; pero, por desgracia, las vocaciones son muy escasas, y con frecuencia las superiores no quieren dejar partir a las hermanas que a su entender pueden prestar servicios en la propia comunidad. Así, nuestra Madre, en su juventud, se vio impedida, por la voluntad de su superior, de ir a ayudar al Carmelo de Saigón. No soy yo quien deba lamentarlo, antes bien doy gracias a Dios por haber inspirado tan acertadamente bien a su representante; pero pienso que los deseos de las madres se realizan a veces en los hijos⁷, y no me sorprendería de ir yo a la rivera infiel a orar y a sufrir como nuestra Madre hubiese querido hacerlo... Hay que confesar, no obstante, que las noticias que nos envían de Tonkín no son nada

tranquilizadoras: a finales del año pasado, entraron unos ladrones en el pobre monasterio y penetraron en la celda de la priora, que no se despertó, pero a la mañana siguiente no encontró a su lado el crucifijo (por la noche, el crucifijo de una carmelita descansa siempre junto a su cabeza, sujeto a la almohada), un pequeño armario estaba roto y el poco dinero que constituía todo el tesoro material de la comunidad había desaparecido. Los Carmelos de Francia, [3rº] conmovidos por la miseria del de Hanoi, se unieron para proporcionarle los medios de levantar un muro de clausura lo bastante elevado para impedir que los ladrones entren en el monasterio.

NOTAS Cta 221

1 En su carta del 20 de enero, contaba así el P. Roulland su llegada a la misión: «Como usted lo ha hecho, voy a escribir en todas las líneas para no desperdiciar papel. Y con el permiso de nuestra Madre, le diré dos palabras nada más sobre mi querido Su-Tchuen oriental. Llego a las fronteras de esta provincia, recito el Te Deum y ofrezco a Dios todo lo que soy y lo que tengo; pienso en santa Teresa, que decía: o padecer, o morir. ¿Por qué han venido estas palabras a mi mente? No tardé en tener la explicación. Le contaré lo ocurrido, y verá cómo me da la razón. En cuanto acabé de hacer mi ofrenda, tuve que acostarme. Después de dos días, bajamos a Kouy-Fou, a casa de un compañero. Mi malestar iba en aumento, así que llamamos al médico chino, pues europeos aquí no hay más que el Padre. Se me declara incapaz de continuar el viaje; adiós, pues, a mis compañeros de viaje. Diez días después se declara la fiebre, una fiebre muy alta, especie de tributo que tengo que pagar al clima. Me paso diez días delirando, pero, al parecer, lo que dije sólo fueron cosas de hacer reír. El primer médico me desahucia; viene un segundo médico, que había sido perseguido por la fe, y me administra una fuerte dosis de quinina. La fiebre, que, si es continua, suele ser mortal, en mí se hace periódica y comienza a notarse una mejoría. Hoy estoy ya casi curado. Estos fueron los hechos. Y ésta es mi conclusión: a la oración de las personas que se preocupan por mí, y sobre todo a las tuyas, debo yo el no haber cantado mi *Nunc dimittis* al llegar a mi misión. (...) Le había dicho que el día de Navidad celebraría un Misa a su intención, y ése día estaba en cama. Cumpliré mi promesa lo antes que pueda» (LC 173).

2 CE 29,2.

3 Im II,12,11; cf CA 29.5.

4 «Tarjeta de visita» escrita en caracteres chinos.

5 *Vie et correspondance de J. Théophane Vénard*. Esta lectura está en el origen de una de las «grandes amistades» de Teresa. De ella dimanará un verdadero consuelo y un motivo de aliento para la carmelita enferma y moribunda; cf CA 21/26.5.1.

6 Poesía A *Teófano Vénard* (PN 47, 2/2/1897).

7 Cf Ms C 9vº/10rº.

8 SANTA TERESA DE JESÚS, C 3,6.

9 «Usted desea que una de las niñitas que yo bautice se llame María (Ma ly ia) Teresa (Te le sa). Elija uno de los dos nombres, pues los chinos sólo se ponen uno» (LC 173). Teresa había expresado este deseo en su carta del 27 ó 28/7/1896, que no se conserva, cf CG p. 874.

10 Cf Cta 189, n. 4.

Inicio

Cta 222 A la madre Inés de Jesús

19 de marzo de 1897

J.M.J.T.

Gracias, Madrecita. ¡Sí, Jesús te ama y yo también...! El te da pruebas de ello todos los días, y yo no... Sí, pero cuando yo esté allá arriba, será como si mi bracito se alargase, y mi Madrecita tendrá noticias de ello.

Inicio

Cta 222 bis Al señor Guérin

3 de abril de 1897

Teresa del Niño Jesús, que es la más pequeña de todas, ¡¡¡pero no la que tiene menos amor!!!

Eso no es verdad, es la fiebre que tengo todos los días a las 3, hora militar.

Teresita

Nuestro Padre² desea que Teresa Pougheol entre aquí en plan de prueba.

NOTAS Cta 222 bis

1 Teresa puso su firma y esta nota en una carta de sor María de la Eucaristía a su padre; cf LD en CG p. 967.

2 El canónigo Maupas, superior.

Inicio

Cta 223 A la madre Inés de Jesús

4-5 de abril de 1897

Temo haber hecho sufrir a mi Madrecita¹. Sin embargo, ¡la quiero! ¡Sí! Pero no puedo decirle todo lo que pienso, tendrá que adivinarlo ella.

NOTAS Cta 223

1 Desconocemos por qué.

Inicio

Cta 224 Al abate Bellière

J.M.J.T.

25 de abril de 1897

Alleluia

Querido Hermanito¹:

Mi pluma, o, más bien, mi corazón se niega a llamarle en adelante «señor abate», y nuestra Madre me ha dicho que, al escribirle, puedo utilizar el mismo nombre que empleo cuando le hablo de usted a Jesús. Creo parece que nuestro divino Salvador se ha dignado unir nuestras almas para trabajar por la salvación de los pecadores, como unió en otro tiempo la del venerable Padre de la Colombière y la de la beata Margarita María. Hace poco leía en la vida de esta santa²: «Un día, al acercarme a Nuestro Señor para recibirle en la sagrada comunión, me mostró su Sagrado Corazón como una hoguera ardiente, y otros dos corazones (el suyo y el del Padre de la Colombière) que iban a unirse y a abismarse en él, y me dijo: Así es como mi amor puro une a estos tres corazones para siempre. Me dio a entender también que esta unión era toda ella para su gloria, y que, por eso, quería que fuéramos los dos como hermano y hermana, participantes por igual de los bienes espirituales. Y como yo le representase al Señor mi pobreza y la desigualdad que había entre un sacerdote de tan gran virtud y una pobre pecadora como yo, me dijo: [1vº] Las riquezas infinitas de mi Corazón lo suplirán todo y lo igualarán todo».

Tal vez, hermano mío, la comparación no le parezca acertada. Es verdad que usted no es aún un Padre de la Colombière, pero no dudo que algún día usted será, como él, un verdadero apóstol de Cristo. En cuanto a mí, ni siquiera me pasa por el pensamiento la idea de compararme con la beata Margarita María; simplemente, me limito a constatar el hecho de que Jesús me ha escogido para ser la hermana de uno de sus apóstoles, y las palabras que aquella santa amante de su Corazón le dirigía por *humildad* se las repito yo con *toda verdad*. Por eso, espero que sus riquezas infinitas suplirán todo lo que a mí me falta para llevar a cabo la obra que me confía.

Me alegro enormemente de que Dios se haya servido de mis pobres versos para hacerle un poco de provecho. Me hubiera avergonzado de enviárselos si no hubiese recordado que una hermana no debe ocultar nada a su hermano. Y usted los ha acogido y juzgado, ciertamente, con un corazón fraternal... Seguramente que se habrá sorprendido de volver a encontrar «Vivir de amor». No era mi intención enviársela dos veces. Ya había empezado a copiarla cuando me acordé de que usted ya la tenía, y era demasiado tarde para volverme atrás.

Querido Hermanito, debo confesarle que en su carta hay algo que me ha apenado, y es que usted no me conoce como soy en realidad. Es cierto que, para encontrar almas grandes, hay que venir al Carmelo: al igual que en las selvas vírgenes, germinan en él flores de un aroma y de un brillo desconocidos para el mundo. Jesús, en su misericordia, ha querido que, entre esas flores, crezcan otras más pequeñas. Nunca podré agradecerle bastante, pues, [2rº] gracias a esa condescendencia, yo, pobre flor sin brillo alguno, me encuentro en el mismo jardín que esas rosas, mis hermanas. Por favor, hermano mío, créame: Dios no le ha dado por hermana a un alma *grande*, sino a una *muy pequeña* e imperfecta.

No crea que sea humildad lo que me impide reconocer los dones de Dios; yo sé que él ha hecho en mí grandes cosas, y así lo canto, feliz, todos los días³. Recuerdo con frecuencia que aquel a quien más se le ha perdonado debe amar más; por eso procuro que mi vida sea un acto de amor, y no me preocupo en absoluto por ser un alma *pequeña*, al contrario, me alegro de serlo. Y ése es el motivo por el que me atrevo a esperar que «mi destierro será breve»⁴. Pero no es porque esté *preparada*, creo que nunca lo estaré si el Señor no se digna, él mismo, transformarme. Él puede hacerlo en un instante, y después de todas las gracias de que me ha colmado, espero también ésta de su misericordia infinita.

Me dice, hermano mío, que pida para usted la gracia del martirio. Esta gracia la he pedido muchas veces para mí, pero no soy digna de ella, y verdaderamente se puede decir con san Pablo: No es cosa del que quiere o del que corre, sino de Dios que es misericordioso⁵. Y como el Señor parece no querer concederme otro martirio que el del amor, espero que me permita recoger, *gracias a usted*, esa *otra palma* que los dos ambicionamos.

Veo, gustosa, que Dios nos ha dado las mismas inclinaciones y los mismos deseos. Le he hecho sonreír, querido hermanito, con el cántico «Mis armas». Pues bien, le haré sonreír de nuevo diciéndole que [2vº] desde mi niñez he soñado con combatir en los campos de batalla... Cuando comencé a estudiar la historia de Francia, el relato de las hazañas de Juana de Arco me entusiasmaba; sentía en mi corazón el deseo y el ánimo de imitarla; me parecía que el Señor me destinaba a mí también a grandes cosas⁶. Y no me engañaba. Sólo que, en lugar de una voz del cielo invitándome al combate, yo escuché en el fondo de mi alma una voz más suave y más fuerte todavía: la del Esposo de las vírgenes, que me llamaba a otras hazañas y a conquistas más gloriosas. Y en la soledad del Carmelo he comprendido que mi misión no era la de hacer coronar a un rey mortal, sino la de hacer amar al Rey del cielo, la de someterle el reino de los corazones.

Es hora de terminar, y, sin embargo, todavía tengo que darle las gracias por las fechas que me ha enviado; me gustaría que añadiese también los años, pues no sé su edad. Para que disculpe mi simplicidad, le envió las fechas importantes de mi vida; lo hago

también con la intención de que en esos días benditos estemos más especialmente unidos por medio de la oración y la acción de gracias.

Si Dios me concede una ahijadita, me sentiré feliz de responder a su deseo, dándole por protectores a la Santísima Virgen, a san José y a mi santa patrona.

En fin, querido hermanito, termino pidiéndole que disculpe mis interminables garabatos y lo deshilvanado de mi carta.

En el Sagrado Corazón de Jesús, soy para toda la eternidad

Su indigna hermanita,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

[2r^otv] (Quede bien entendido, ¿no?, que nuestras relaciones permanecerán secretas. Nadie, excepto su director, debe conocer la unión que Jesús ha establecido entre nuestras almas.)

NOTAS Cta 224

1 El abate Bellière acaba de escribir una larga carta, para Pascua, a la madre María de Gonzaga y a Teresa. Transcribimos aquí algunos párrafos de su carta a ésta última: «Mi buena y muy querida hermanita: (...) Aquí me tiene también usted para decirle la enorme alegría que me dio con las poesías que tuvo la bondad de copiarme. Han tenido que quitarle mucho tiempo de recreación, y casi casi le pido perdón por haber sido la causa de todo ese trabajo. Sin embargo, no quiero insistir demasiado, porque realmente me han gustado mucho. No espere, querida hermana, que se las alabe; ni siquiera se me ocurre, pues creo con toda razón que me quedaría muy por debajo de lo que realmente merecen. Sólo le digo que me he sentido encantado y feliz. Y esto no son simples cumplidos que le dirijo, sino la expresión de lo que siento. Usted las compuso para las carmelitas, pero los ángeles deben cantar con usted, y los hombres, por burdos que sean, como yo, encuentran un auténtico placer al leer y cantar esta poesía que nace del corazón. Todas me han gustado, y tal vez en especial: «Mi cántico de hoy», «A T. Vénard» (¡y con razón!), «Acuérdate», «A mi ángel de la guarda», etc. Perdón, me estoy dando cuenta de que las nombraría todas. Sí, todas me gustan y me parecen preciosas. Gracias, sencilla pero muy sinceramente, por su bondad. Usted sabe captar todos los matices, la dulzura de las sacristanas del Carmelo, y, junto a ella, los acentos viriles del guerrero en «Mis armas» Me gusta verla hablar de la lanza, del casco, de la coraza, del atleta, y me sonrío al imaginármela armada de esa manera. Sin embargo, Juana de Arco, -a quien usted tanto ama, y a la que yo mismo invoco a *diario* bajo ese título con el que la he saludado al final del cántico: ¡SANTA Juana de Francia!-, Juana de Arco llevó también esas mismas armas que usted canta y que son sin duda alguna su adorno más hermoso. Yo, hermana, soy y seguiré siendo fiel a la breve oración que usted me ha indicado; es algo sagrado para mí, y la rezaré siempre, incluso aunque... su destierro sea breve. Ya le había adivinado el pensamiento, hermana mía: en el Cántico del Amor había subrayado este verso: «Mi destierro, así lo espero, será corto», y este otro: «*Siento* que mi destierro *va a acabar*». Comprendo sus deseos y su impaciencia: usted, hermanita, está ya lista para

entrar en el cielo, y su Esposo Jesús puede en cualquier momento extender la mano que la colocará en el trono de la gloria; usted está impaciente, como la esposa del Cantar de los Cantares. «Atráeme» hacia ti, dice, arrojándose a los pies de su Amado, totalmente consumida por la llama que la devora. Al estudiar y meditar este libro del Cantar de los Cantares, yo lo aplicaba a la carmelita y a su Esposo Jesús, y sin duda por eso lo he escrito ahora en ese sentido de manera casi natural, y por eso también han venido a caer juntos algunos versos de «Vivir de amor» y otros varios. Y tiene usted mucha razón cuando me dice que a mí no me está permitido cantar como usted. No, la verdad es que no, pues antes tengo que lograr, con un duro trabajo y una verdadera penitencia, que Dios olvide un pasado de pecado, y después hacer algo por Dios, trabajar en su viña. Antes de paladear los honores, Juana de Arco conoció los trabajos, y yo tengo que expiar mucho más que ningún otro. Y si alguna vez llego a conseguirlo, entonces le diré: Hermana mía, pídale a Dios *que yo sucumba de dolor*, pídale -¿por qué no?- que muera *mártir* (!). Este ha sido el sueño de toda mi vida. Antes, ambicionaba morir por Francia; hoy, por Dios, y usted lo sabe: «Si morir por su príncipe es una ilustre suerte», «cuando uno muere por su Dios, ¡cuál será la muerte!». (...)

«Le agradezco también sus intenciones como madrina, ¿pero no querrá también dar nombre, en recuerdo suyo, al pequeño Beduino, en el caso de que el 1º sea una niña? Le ruego que tenga esta amabilidad». (LC 177, 17-18/4/1897).

2 Texto que Teresa sacó de un *Bulletin du Sacré-Coeur* de diciembre de 1896; cf *Vie et Oeuvres de la Bienheureuse Marguerite-Marie Alacoque. Sa vie inédite par les Contemporaines*, Poussièlgue, 1867, t. 2, p. 347.

3 Cf Ms C 4rº.

4 Poesía *Vivir de amor* (PN 17, estr. 9), del 26/2/1895.

5 Ms A 2rº.

6 Cf Ms A 32rº.

Inicio

Cta 225 A sor Ana del Sgdo. Corazón

J.M.J.T.

Jesús + 2 de mayo, Fiesta del Buen Pastor, de 1897

Queridísima hermana:

Seguro que le va a sorprender mucho recibir carta mía. Para que me perdone que vaya a turbar el silencio de su soledad, le diré a qué se debe que tenga el gusto de escribirle. La última vez que tuve conferencia espiritual con nuestra madre, hablamos de usted y de ese querido Carmelo de Saigón. Y nuestra Madre me dijo que, si quería, podía escribirle.

Acepté esta proposición con alegría y aprovecho la licencia¹ del Buen Pastor para conversar un momento con usted.

Espero, querida hermana, que no me haya olvidado; yo me acuerdo mucho de usted, recuerdo feliz los años que pasé en su compañía, y usted sabe que para una carmelita recordar a una persona a la que ama es orar por ella. Pido a Dios que la llene de sus gracias y que aumente cada día en su corazón su santo amor, aunque no dudo que usted posee ya ese amor en un grado eminente. El ardiente sol de Saigón no es nada en comparación con el fuego que arde en su alma. Por favor, hermana, pida a Jesús que yo también le ame y le haga amar. Quisiera amarle, no con un amor normal y corriente, sino como los santos, que hacían locuras por él. ¡Pero qué lejos estoy de parecerme a ellos...! Pídale también a Jesús que yo haga siempre su voluntad; por hacerla, estoy dispuesta a atravesar el mundo²..., ¡estoy dispuesta incluso a morir!

El silencio³ va a terminar de un momento a otro, tengo que poner fin a mi carta y veo que [2rº] aún no le he dicho nada interesante; por suerte, están ahí las cartas de nuestras Madres, que le darán todas las noticias de este nuestro Carmelo. Nuestra licencia ha sido muy corta, pero si no le molesta, ya iré otro día a pasar un rato más largo con usted.

Querida hermana, dé mis filiales y respetuosos saludos a la Reverenda Madre⁴. No me conoce, pero yo oigo hablar mucho de ella a nuestra Madre, la quiero y pido a Jesús que la consuele en sus trabajos.

La dejo ya, querida hermana, quedando muy unida a usted en el Corazón de Jesús. En él me siento feliz de llamarme siempre

Su más pequeña hermanita,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 225

1 Día de recreo extraordinario durante el cual las hermanas tenían permiso -«licencia»- para hablar libremente unas con otras.

2 «Para ir a Cochinchina»; cf CA 21/26.5.2.

3 Hora de siesta libre, desde mediodía hasta la 1 en verano.

4 Madre María de Jesús, que había sucedido a la madre Filomena de la Inmaculada Concepción, fundadora procedente de Lisieux en 1861.

Inicio

Cta 226 Al P. Roulland

J.M.J.T.

Jesús + 9 de mayo de 1897

Hermano:

He recibido con alegría, o, mejor, con emoción las reliquias que ha tenido a bien enviarme¹. Su carta es casi una carta de despedida para el cielo. Al leerla, me parecía estar escuchando el relato de los sufrimientos de sus antepasados en el apostolado.

En esta tierra, en la que todo cambia, sólo una cosa se mantiene estable: el comportamiento del Rey del cielo respecto a sus amigos. Desde que él levantó el estandarte de la cruz, a su sombra deben todos combatir y alcanzar la victoria. «La vida de todo misionero es fecunda en cruces», decía T. Vénard, y también: «La verdadera felicidad consiste en sufrir. Y para vivir, tenemos que morir».

Hermano mío, los comienzos de su apostolado están marcados con el sello de la cruz, el Señor lo trata como a un privilegiado. Él quiere afianzar su reinado en las almas mucho más por la persecución y el sufrimiento que por medio de brillantes predicaciones. Usted dice: «Yo soy todavía un niño que no sabe hablar»². El P. Mazel, que fue ordenado sacerdote el mismo día que usted, tampoco sabía hablar, y, sin embargo, ya recogió la palma³...

¡Cuán por encima de los nuestros están los pensamientos de Dios...! Al conocer la muerte de este misionero, al que yo oía nombrar por primera vez, me sentí movida a invocarle, me parecía verlo en el cielo en el glorioso coro de los mártires. Sí, lo sé, a los ojos de los hombres su martirio no lleva nombre de tal; pero a los ojos de Dios, ese sacrificio sin gloria no es menos fecundo que los de los primeros cristianos que confesaron su fe ante los tribunales. La persecución ha cambiado de forma, los apóstoles de Cristo no han cambiado de sentimientos; por eso su divino Maestro no cambiará tampoco sus recompensas, a menos que no sea para aumentarlas en comparación con la gloria que se les niega aquí abajo.

No comprendo, hermano, cómo puede usted dudar de su entrada inmediata en el cielo si los infieles le quitasen la vida [1v^o]. Yo sé que hay que estar muy puros para comparecer ante el Dios de toda santidad, pero sé también que el Señor es infinitamente justo. Y esta justicia, que asusta a tantas almas, es precisamente lo que constituye el motivo de mi alegría y de mi confianza. Ser justo no es sólo ejercer la severidad para castigar a los culpables, es también reconocer las intenciones rectas y recompensar la virtud. Yo espero tanto de la justicia de Dios como de su misericordia. Precisamente porque es justo, «es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia. Pues él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos barro. Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles...»⁴. Al escuchar, hermano, estas hermosas y consoladoras palabras del profeta rey, ¿cómo dudar de que Dios pueda abrir las puertas de su reino a esos hijos suyos que lo han amado hasta sacrificarlo todo por él, que no sólo han dejado su familia y su patria para darle a conocer y hacerlo amar, sino que incluso desean entregar su vida por el que aman...? ¡Jesús tenía mucha razón cuando decía que no hay amor más grande que éste!

¿Cómo, pues, se va a dejar vencer él en generosidad? ¿Cómo va a purificar en las llamas del purgatorio a unas almas que viven consumidas por el fuego del amor divino? Es cierto que ninguna vida humana está exenta de faltas, que sólo la Virgen Inmaculada se presenta absolutamente pura delante de la Majestad divina. ¡Y qué alegría pensar que esta Virgen es nuestra Madre! Puesto que ella nos ama y conoce nuestra debilidad, ¿qué podemos temer?

¡Cuántas frases para expresar mi pensamiento, o, más bien, para no llegar a hacerlo! Sencillamente quería decir que me parece que todos los misioneros son *mártires* de deseo y de voluntad, y que, por consiguiente, ni uno solo debería ir al purgatorio. Si en el momento de comparecer ante Dios aún queda en su alma alguna huella de la debilidad humana, la Santísima Virgen les obtendrá la gracia de hacer un acto de amor perfecto y después les entregará la palma y la corona que tan bien han merecido.

Esto es, hermano mío, lo que yo pienso acerca de la justicia de Dios. Mi camino es todo él de confianza y de amor, y no comprendo a las almas que tienen miedo de tan tierno amigo. A veces, cuando [2º] leo ciertos tratados espirituales en los que la perfección se presenta rodeada de mil estorbos y mil trabas y circundada de una multitud de ilusiones, mi pobre espíritu se fatiga muy pronto, cierro el docto libro que me quiebra la cabeza y me diseca el corazón y tomo en mis manos la Sagrada Escritura. Entonces todo me parece luminoso, una sola palabra abre a mi alma horizontes infinitos, la perfección me parece fácil: veo que basta con reconocer la propia nada y abandonarse como un niño en los brazos de Dios.

Dejando para las grandes almas y para los espíritus elevados esos brillantes libros que yo no puedo comprender, y menos aún poner en práctica, me alegro de ser pequeña, pues sólo los niños y los que se hacen como ellos serán admitidos al banquete celestial. Me alegro enormemente de que en el reino de Dios haya muchas moradas, porque si no hubiese más que ésa cuya descripción y cuyo camino me parecen incomprensibles, yo no podría entrar en él. No obstante, no quisiera estar muy alejada de *la de usted*; espero que Dios, en consideración a sus méritos, me conceda la gracia de participar de su gloria, de igual modo que aquí en la tierra la hermana de un conquistador, aunque carezca de dones naturales, participa, a pesar de su pobreza, de los honores tributados a su hermano.

El primer acto de su ministerio en China me ha parecido encantador. El alma cuyos despojos mortales usted bendijo ha tenido, ¿cómo no?, que sonreírle y prometerle su protección, lo mismo que a los suyos. ¡Cuánto le agradezco que me cuente entre ellos! Estoy también profundamente emocionada y agradecida por el recuerdo que usted tiene de mis queridos padres en la santa Misa. Espero que estén ya en posesión del cielo, hacia el que tendían todos sus actos y deseos. Eso no me impide rezar por ellos, pues creo que las almas de los bienaventurados reciben gran gloria con las oraciones que se hacen a su intención y de las que ellas pueden disponer en favor de otras almas que sufren.

Si, como creo, mi padre y mi madre están en el cielo, deben de mirar y bendecir al hermano que Jesús me ha dado. ¡Habían deseado tanto tener un hijo misionero...! Me han contado que, antes de nacer yo, mis padres esperaban que al fin su deseo iba por fin a realizarse. Si hubiesen podido penetrar el velo del futuro, habrían visto que, en efecto, por medio de mí, su deseo se haría realidad. Puesto que un misionero se ha convertido en hermano

mío, él es también su hijo, y en sus oraciones ya no pueden separar al hermano de su indigna hermana.

[2vº] Usted, hermano, reza por mis padres, que están ya en el cielo, y yo rezo con frecuencia por los suyos, que están todavía en la tierra. Es éste un deber muy dulce para mí, y le prometo cumplirlo siempre fielmente, incluso si deo el destierro, e incluso entonces tal vez más, pues conoceré mejor las gracias que necesiten. Y luego, cuando terminen su carrera aquí en la tierra, yo vendré a buscarlos en nombre de usted y los introduciré en el cielo. ¡Qué dulce será la vida de familia que gozaremos durante toda la eternidad! Mientras esperamos esta bienaventurada eternidad, que dentro de poco tiempo se abrirá para nosotros, pues la vida no es más que un día, trabajemos juntos por la salvación de las almas. Yo bien poca cosa puedo hacer, o, mejor, absolutamente nada si estuviese sola. Lo que me consuela es pensar que a su lado puedo servir para algo. En efecto, el cero por sí solo no tiene valor, pero colocado junto a la unidad se hace poderoso, ¡con tal de que se lo coloque en *el lugar debido*, detrás y no delante...! Y ahí precisamente es donde Jesús me ha colocado a mí, y espero estar ahí siempre, siguiéndole a usted de lejos con la oración y el sacrificio.

Si hiciese caso al corazón, no terminaría hoy la carta; pero van a tocar a final del silencio⁵ y tengo que llevar la carta a nuestra Madre, que la está esperando. Le ruego, pues, hermano, que envíe su bendición a *este cero* que Dios ha colocado a su lado.

Sor Teresa del Niño Jesús de la Sta. F.
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 226

1 El 24 de febrero, el P. Roulland escribía a Teresa: «Querida hermana: no le escribo por extenso porque estoy a punto de subir a Tchoug-Kin, ni siquiera respondo a su larga carta que me ha hecho mucho bien. Sólo quiero enviarle unas reliquias de un futuro mártir. Ya dejé también unas a mis padres el día que abandoné a mi familia; se las envié desde Shangai. ¿Por qué no enviarle también alguna a mi hermana? En este momento no estamos en peligro inminente de morir, pero el día menos pensado podemos recibir una cuchillada; no seríamos mártires en el sentido propio de la palabra, pero si dirigimos bien nuestra intención -por ejemplo, diciendo: Dios mío, por tu amor hemos venido aquí, acepta el sacrificio de nuestra vida y convierte a las almas-, ¿no es cierto que seríamos lo bastante mártires como para ir al cielo...? (...) En fin, estamos en manos de Dios, y si los bandidos me asesinan y no soy digno de entrar inmediatamente en el cielo, usted me sacará del purgatorio e iré a esperarla en el paraíso. (...) Me dice usted, hermana, que ofrece a Jesús mi amor junto con el suyo; pues bien, en la santa Misa yo ofrezco el suyo con el mío después de la comunión. Estoy seguro de que Jesús, al ver esta ofrenda, me perdonará por el poco amor que yo le tengo a él. En el memento de los difuntos pienso en sus padres ya difuntos» (LC 175, 24/2/1897).

2 El P. Roulland estaba aprendiendo el chino; cf su carta a Teresa del 20 de enero de 1897: «¿Cuándo haré mi primer bautismo, mi primera conversión? Desgraciadamente, no soy más que un niño, no sabe hablar. Voy a pasar varios meses con una familia cristiana para aprender la lengua, las costumbres, etc., y luego el apostolado con un antiguo compañero de abord» (LC 173).

3 El 1 de mayo acaban de enterarse en el Carmelo de Lisieux del asesinato de este misionero de veintiséis años, perpetrado por unos bandidos por ser europeo; cf CA 1.5.2.

4 Cf Ms A 3vº y 76rº.

5 Cf Cta 225, nota 3.

Inicio

Cta 227 A sor Genoveva

13 de mayo de 1897

Jesús está contento de su Celina, a quien se entregó por vez primera hace 13 años¹. Está más orgulloso de lo que él obra en su alma, [vº] de su pequeñez y de su pobreza, que de haber creado los millones de soles y la inmensidad de los cielos...

NOTAS Cta 227

1 En realidad diecisiete años (13/5/1880); cf Ms A 25rº.

Inicio

Cta 228 A sor Genoveva

abril-mayo de 1897 (?)

J.M.J.T.

Temo que nuestra Madre no esté contenta, está preocupada con las fricciones¹, *sobre todo las de la espalda*.

Si el Sr. Clodion² viene el domingo a agitar en mi espalda su larga cabellera, se preguntará por que no hemos hecho lo que él dijo... Quizás fuera preferible esperar al lunes. En fin, *Pobre, Pobre*³, haz lo que te parezca mejor, mañana todo estará listo. Y sobre todo, no hables a este pobre Sr⁴. Actúa como creas mejor, y recuerda que debemos ser *ricas, ¡muy ricas las dos*⁵...!

NOTAS Cta 228

1 Cf Cta 208, nota 5.

2 Sobrenombre del Dr. Cornière; cf UC p. 636.

3 Cf Cta 207, nota 1.

4 «Sr. Totó» (Teresa). Sor Genoveva le daba las fricciones por la mañana, antes del rezo de Prima, durante el tiempo del silencio de Regla.

5 Cf CR, p. 212s.

Inicio

Cta 229 A la madre Inés de Jesús

23 de mayo de 1897

J.M.J.T.

Mucho me temo haber hecho sufrir a mi Madrecita¹... Yo, que quisiera ser su alegría, veo que soy, por el contrario, su dolor...

Sí, pero... cuando esté lejos de esta triste tierra, donde las flores se marchitan y los pájaros se van, yo estaré muy cerca de mi Madre querida, del ángel que Jesús envió delante de mí para prepararme el camino, la senda que conduce al cielo, el ascensor² que debía elevarme sin cansancios hacia las regiones infinitas del amor... Sí, estaré cerquita de ella, y sin dejar la Patria, pues no seré yo la que *baje*, sino que será mi Madrecita la que *suba* adonde yo esté... ¡Ah!, si yo supiera expresar como ella lo que pienso, si supiera decirle cómo rebosa mi corazón de gratitud y de amor hacia ella, creo que sería ya su alegría aun antes de alejarme de esta triste tierra.

Madrecita querida, todo el bien que has hecho a mi alma, a Jesús se lo has hecho, pues él dijo: «Lo que hicisteis al *más pequeño* de mis hermanos, a mí me lo hicisteis...» ¡Y el *más pequeño* soy yo...!³

NOTAS Cta 229

1 Desconocemos el motivo; seguramente a causa de su estado de salud.

2 Primera vez que aparece esta palabra en la pluma de Teresa. El Ms C 3r^o desarrollará pronto el tema del ascensor; cf CG p. 989+c.

3 Esta fue la respuesta de la madre Inés a este billete: «En el mismo momento en que iba a tomar la pluma para exhalar un suspiro, recibí tus letras, ¡mi ángel querido! Esto ha hecho desbordar mi vasito. Sí, pero... ha hecho también que se produjera una especie de cambio físico, pues el vasito, lleno de agua muy amarga, sólo pudo ya rebosar en el acto un licor muy dulce y muy suave. Poco antes yo me decía a mí misma: me gustaría que, antes de partir, mi ángel me dijese lo que hará por mí allá arriba en el cielo, necesito tener éste entre mis consuelos, ¡y mira por dónde sus letras vienen a decirme justamente eso! Pues bien, ahora puedes ya morir, yo sé que allá arriba seguirás ocupándote de tu Madrecita; muérete ya enseguida para que mi corazón no tenga ya aquí abajo ningún

apoyo, para que todo lo que amo esté ya allá arriba. Ya ves, mientras escribo esto me he puesto a derramar gruesas lágrimas y ya no veo..., no sé lo que hoy me está pasando, NUNCA había estado tan segura de tu final cercano. ¡Pobre angelito, o, mejor, feliz angelito, si supieras lo que allí te está esperando! ¡Sí, qué bien recibida vas a ser!, ¡qué fiesta para toda la asamblea de los santos! ¡Qué tiernamente te estrechará contra su corazón la Virgen Inmaculada! Serás como un niño al que todos querrán pasarse de uno a otro para mecerlo y acariciarlo; y luego los santos inocentes irán, orgullosos, a tomarte de la mano, y te enseñarán a servirte de tus alas, y te enseñarán a jugar con ellos. ¡Pídeles que me dejen un lugarcito a mí también entre sus filas!» (LC 179, 23/5/1897).

Inicio

Cta 230 A la madre Inés de Jesús

28 de mayo de 1897

J.M.J.T.

Querida Madrecita:

Tu hijita ha vuelto a derramar hace un momento dulces lágrimas; lágrimas de arrepentimiento, pero más aún de gratitud y de amor... ¡Sí, esta noche te he demostrado mi *virtud*, mis TESOROS de *paciencia*...! ¡¡Yo, que predico tan bien a las demás!!! Me alegro de que hayas visto mi imperfección¹. ¡Sí, cuánto bien me hace el haber sido mala...! Tú no reprendiste a tu hijita, y, sin embargo, se lo merecía; pero la niña está ya acostumbrada a eso, tu dulzura le dice mucho más que las palabras severas, tú eres para ella la imagen de la *misericordia* de Dios.

Sí, pero... sor San Juan Bautista es, por el contrario, *ordinariamente*, la imagen de la *severidad* de Dios. Pues bien, acabo de encontrarme con ella, y, en vez de pasar fríamente a mi lado, me ha abrazado, diciéndome (exactamente como si yo hubiese sido la criatura más linda del mundo): «¡Pobre hermanita, me has dado lástima, no quiero cansarte, he obrado mal, etc., etc.» Yo, que sentía en mi corazón una contrición perfecta, no acababa de creerme que no me hiciese ningún reproche. Sé muy bien que, en el fondo, le debo de parecer imperfecta, y si me ha hablado así es porque cree que me voy a morir; pero no importa, no he oído salir de su boca más que palabras dulces y tiernas, y por eso he pensado que ella es muy buena y yo muy mala...

Al volver a mi celda, me preguntaba qué pensaría Jesús de mí, y al instante me acordé de aquellas palabras que un día dirigió a la mujer adúltera: «¿Ninguno te ha condenado?» Y yo, con lágrimas en los ojos, le contesté: «Ninguno, Señor... Ni mi Madrecita, imagen de tu ternura, ni mi hermana sor San Juan B., imagen de tu justicia, y sé muy bien que puedo irme en paz ¡porque tú tampoco me condenarás...!»

Madrecita, ¿por qué será Jesús tan *bueno* conmigo? ¿Por qué no me riñe nunca...? ¡Sí, verdaderamente es como para morir de gratitud y de amor...!

[vº] Estoy mucho más contenta de haber sido imperfecta que si, sostenida por la gracia, hubiese sido un modelo de bondad... ¡Me hace tanto bien ver que Jesús es siempre tan

dulce y tan tierno conmigo...! Sí, desde ahora lo reconozco: sí, todas mis esperanzas se verán colmadas; sí, el Señor hará en nosotras maravillas que rebasarán infinitamente nuestros *inmensos deseos*...

Madrecita, Jesús hace bien en esconderse, en no hablarme más que de tarde en tarde, y esto «a través de las rejas» (Cant. de los Cant.), pues siento claramente que no podría soportar más, que mi corazón estallaría, incapaz de contener tanta felicidad... Tú, dulce eco de mi alma, tú comprenderás que esta noche el vaso de la misericordia divina se ha desbordado sobre mí..., tú comprenderás que has sido y serás siempre el ángel encargado de guiarme y de anunciarme las misericordias del Señor...

Tu *insignificante* hija,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 230

1 La madre Inés presenta así los hechos: «Un día (estaba ya enferma de continuo), vino una hermana a pedirle su ayuda inmediata para un trabajo de pintura. Yo estaba presente, y por más que objeté que estaba con fiebre y extremadamente cansada, la hermana insistía. Entonces en el rostro de Teresa apareció su tensión interior. Por la noche me escribió estas líneas».

Inicio

Cta 231 A la madre Inés de Jesús

30 de mayo de 1897

J.M.J.T.

No sufras, Madrecita querida, porque *parezca* que *tu* hijita te haya ocultado algo. Y digo *parezca*, porque tú sabes muy bien que si te ha ocultado una esquinita del *sobre*¹, jamás te ocultó una sola línea de la *carta*, pues ¿quién conoce mejor que tú esta cartita que tanto amas? A las demás se les puede perfectamente enseñar el sobre por todos los lados, pues no pueden ver más que eso, ¡¡¡pero a ti...!!!

Ahora ya sabes, Madrecita, que fue el Viernes Santo² cuando Jesús empezó a rasgar un poco el sobre de *tu* cartita. ¿¡No estás contenta de que él se disponga a leer esta carta que tú estás escribiendo desde hace 24 años!? Si supieses qué bien sabrá ella decirle tu amor por toda la eternidad³...

NOTAS Cta 231

1 Sor María del Sagrado Corazón anota: «Había ocultado a la madre Inés de Jesús, que ya no era priora en esa época, el vómito de sangre que había tenido».

2 El 3 de abril de 1896.

3 Mientras Teresa escribía el billete que acabamos de leer, la madre Inés trazaba estas líneas: «Mi pobre angelito querido: Seguro que te he hecho sufrir. Y sin embargo, te aseguro que considero una gracia de Dios para mí el saber lo que te ocurrió, pues, si me hubiese enterado de esos detalles después de tu muerte, creo que nunca me habría consolado. Tengo un temperamento tan extraño, que siempre habría pensado que, debido a mis luchas, tú te habías escondido de mí y, por tanto, habría creído ya para siempre que nuestra intimidad, tan dulce y tan ENTERA a mis ojos durante tu vida, no lo era tanto como yo suponía. ¿Qué quieres que haga?, yo no soy dueña de estas impresiones dolorosas, es éste el punto débil de mi carácter. Por eso, ¡cuántas gracias le doy a Dios por la recreación de esta noche! Sí, comprendo que me ama y que tiene compasión de mi pobre corazón. No me importa sufrir las luchas que sean durante tu vida, pero después todos los recuerdos que tenga de ti tienen que ser agradables y no tengo que *enterarme* de nada nuevo. No me parece mal que no me digan las cosas en el momento, pero ten compasión de mi debilidad maternal y, otra vez, pide que me lo digan todo. La verdad, angelito mío, es que tienes una extraña Madrecita... Fíjate, durante Completas su corazón se parecía a un auténtico abismo de amargura, y de un género del todo especial, de un género que yo nunca había experimentado todavía. ¡Qué lástima me da de Dios cuando las almas no tienen confianza en él! Este es mayor ultraje que se puede hacer a la ternura de un padre. En tu caso, ángel querido, tus razones eran TOTALMENTE DE TERNURA. Sí, no lo dudo. Y termino este billetito diciéndole una vez más a Jesús: ¡Gracias!, has tenido compasión de mi debilidad; no, no hubiese podido soportar una cosa así después de la muerte de mi angelito, me habría muerto de dolor...

«Y sobre todo, no te atormentes, pues lo he adivinado todo» (LC 180, 30/5/1897).

Inicio

Cta 232 A la madre Inés de Jesús

30 de mayo de 1897

(2º billete) J.M.J.T.

Depositó mi primer billetito en manos de sor Genoveva¹ a la vez que ella me daba el tuyo. Ahora lamento² haber echado mi misiva al «correo», pues voy a tener que pagar portes dobles para decirte que comprendo tu pena. Yo deseaba seguramente más que tú no ocultarte nada, pero me pareció que era mejor esperar. Si he obrado mal, perdóname, y créeme que *nunca* dejé de tener confianza en ti. ¡Te quiero demasiado para eso...!

Me alegro mucho de que lo hayas adivinado tú sola. No recuerdo haber ocultado ninguna otra cosa del *sobre* a mi Madrecita, y le suplico que después de mi muerte no crea lo que puedan decirle.

Sí, Madrecita, *la carta es tuya*, y te pido por favor que sigas escribiéndola hasta el día en que Jesús rasgue totalmente el sobrecito que tantos pesares te ha causado desde que fue formado³.

NOTAS Cta 232

1 El billete 231 que sor Genoveva le había pasado en su calidad de enfermera.

2 [En el original francés: «*gai raigrette*», N. del T.] en lugar de «Je regrette»: transcripción fonética que hace alusión a la pronunciación del P. Baillon, confesor extraordinario de la comunidad, que decía a sus penitentes: «*Raigrettez-vous*» [en vez de «Regrettez-vous». N. del T.].

3 Nuevo desentendimiento: mientras Teresa escribe su «2º billete», la madre Inés está escribiendo a su vez el suyo: «Aún sigo temiendo, angelito mío, haberte apenado con mi desafortunado billetito. El tuyo, por el contrario, ¡es tan tierno! Pídele a Jesús que me haga como tú.

«Pronto te escaparás lejos de la tierra, y mi corazón en el fondo se estremece con una alegría sobrenatural; mientras mis ojos derraman lágrimas, interiormente me siento transportada por un sentimiento indecible de felicidad. ¡Oh, blanca paloma, ya ha llegado la hora de que el Dueño del palomar te vuelva a poner en el sitio que te corresponde! Ya es hora de que los angelitos no se vean privados por más tiempo de tu compañía. Ya es hora de que Dios reciba nueva gloria con tu entrada en la patria celestial. Después de eso, yo quiero sufrir en la tierra todo lo que Dios quiera, quiero gemir yo también como una tórtola lastimera desterrada en los valles de esta tierra, quiero para mí las lágrimas. Sí, soy MUY FELIZ, por fin mi angelito va a volver a su país, va a prepararle un sitio a su Madrecita, y la hará santa, y le enseñará desde allá arriba a dominar sus tensiones tan desoladoras, y le proporcionará toda clase de bienes, al vivir ella ya para siempre en tan gran abundancia...

«Jesús mío, ¡te amo! También yo iré pronto a verte; mientras tanto, te envío TODO LO QUE AMO» (LC 181, 30/5/1897).

Inicio

Cta 233 A la madre Inés de Jesús

1 de junio de 1897

J.M.J.T.

¡Es demasiado emocionante, demasiado melodioso...! ¡Prefiero callarme a tratar en vano de cantar lo que está ocurriendo en mi alma...! ¡Gracias, Madrecita¹...!

NOTAS Cta 233

1 Con esas pocas palabras, Teresa respondía a un billete de la madre Inés, del que transcribimos aquí una parte: «Esta noche he rezado todo el rosario de rodillas ante la Santísima Virgen del mes de María, y me parece que, al terminarlo, la Virgen tenía una sonrisa muy especial. Angelito mío, creo que, si rezas por mí, voy a empezar realmente una vida nueva, creo que he recibido una gracia muy grande. No quiero tampoco entristecerme si nuestra Madre te rechaza, la Santísima Virgen me ha hecho comprender que las más hermosas vidas de los santos no valen lo que un acto de obediencia y de renuncia. Incluso aunque nuestra Madre, después de tu muerte, rasgase tu vida, me parece que, si estoy como esta noche, no sentiría nada más que una atracción más fuerte hacia el cielo. Volaría más alto, eso es todo: *Mas allá de las nubes, el cielo es siempre azul. Pisamos las riberas en las que reina Dios...*

«No sufras por mí, nuestra unión nunca ha sido más íntima, no, lo sé. Esta noche, junto a la Santísima Virgen, había una velita muy luminosa que se estaba consumiendo, y la cera formaba, a un lado, *la auténtica figura de un corderito suplicante*. Y pensé que tú eras la luz y que ese corderito era yo, que, apoyándome en tu claridad y volviendo mis ojos hacia María, alcanzaría su compasión. No sé lo que te estoy diciendo, ángel querido. Mi corazón y mi alma, toda mi persona es un mundo esta noche. Espero que me comprendas y que, después de tu partida de este valle de lágrimas, vuelvas muchas veces a embellecer este mundo nuestro, a pasearte por él con los angelitos, y a convertirlo, *con un soplo luminoso, en un pequeño sol...*» (LC 182, 31/5/1897).

Inicio

Cta 234 A sor María de la Eucaristía

J.M.J.T.

2 de junio de 1897

A mi hermanita querida¹, recuerdo del hermoso día en que el Esposo de su alma se dignó poner su señal en la frente² que se dispone a coronar un día ante todos los elegidos...

En otra ocasión, el cielo se reunió el 2 de junio para contemplar este misterio de amor: Jesús, el dulce Jesús de la Eucaristía, entregándose por primera vez a María³. Hoy está de nuevo ahí ese hermoso cielo, compuesto de ángeles y de santos, está ahí contemplando, extasiado, cómo María se entrega a Jesús ante el mundo, extrañado ante un sacrificio que no entiende. ¡Ah!, si hubiese comprendido la *mirada* que Jesús posó sobre María el día de su primera visita, comprendería también la *señal misteriosa* que ella quiere recibir hoy de quien la hirió de amor...

Ya no es el velo vaporoso de pliegues nevados el que envolverá a María de la Eucaristía; es un velo oscuro, que recuerda a la esposa de Jesús que está desterrada y que su Esposo no es un Esposo que la va a llevar a fiestas, sino a la montaña del Calvario. De ahora en adelante, María ya no debe mirar *nada* aquí abajo, *nada* más que al *Dios misericordioso*, al *Jesús* de la EUCARISTIA...

La pequeña

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 234

1 En su imposición de velo.

2 Alusión a uno de los responsorios de la ceremonia, tomado del oficio litúrgico de santa Inés.

3 María Guérin había hecho la primera comunión el 2 de junio de 1881.

Inicio

Cta 235 A sor María de la Eucaristía¹

2 de junio de 1897

Recuerdo del hermoso día de la imposición de velo a mi hermanita querida: 2 de junio de 1897.

Que el Niño Jesús de Teresa acaricie siempre a María de la Eucaristía.

NOTAS Cta 235

1 Estampa adjunta al billete anterior.

Inicio

Cta 236 A sor María de la Trinidad

2 de junio de 1897

Dios *quiere* que soportes sola tu prueba¹, y lo demuestra de muchas maneras... Pero, querida m.², ¡¡¡yo sufro contigo...!!! y te quiero mucho...

[vº] No te preocupes, mañana por la mañana iré a verte unos minutos, y al día siguiente del lavado iré contigo a las hostias³.

NOTAS Cta 236

1 Sor María de la Trinidad no dejó ninguna aclaración al respecto.

2 Abreviatura de «muñeca»; cf Cta 249; CA 22.9.4.

3 A la oficina donde se hacían las hostias.

Inicio

Cta 237 A la madre Inés de Jesús

2 de junio de 1897

No, la palomita no quiere dejar a su Madrecita¹. Quiere seguir volando y descansando en el mundo fascinante [vº] de su corazón.

Mañana le daré las gracias a mi Madrecita, no le digo nada esta noche para no hacerle *estallar el corazón* y porque es demasiado tarde. El bebé² se va a dormir.

NOTAS Cta 237

1 La madre Inés acababa de escribirle: «¡Angelito mío! Ya no tengo palabras para expresarte mi cariño. No te enfades conmigo, mira qué tristes se pusieron los apóstoles cuando Jesús les dijo que iba a dejarlos pronto... *Sí, pero...* una vez que pasó el golpe, volvieron *llenos de alegría...* Así ocurrirá con la Madrecita. (...) Levántate, paloma querida, el invierno ya ha pasado para ti, la fuente de tus lágrimas se ha secado, vete a gustar los hechizos de la primavera del amor.

«Y *sobre todo*, no me contestes, eso me rompería el corazón» (LC 183, 2(?)/6/1897).

2 Sobre esta expresión cf UC pp. 374-376. Volverá a aparecer en Cta 254, 255, 257.

Inicio

Cta 238 A Leonia ¹

3 de junio de 1897

Querida hermanita, ¡qué hermoso es pensar que un día seguiremos juntas al Cordero durante toda la eternidad...!

Recuerdo del 3 de junio de 1897

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 238

1 Dedicatoria al dorso de una estampa.

Inicio

Cta 239 A la madre Inés de Jesús¹

3 de junio (?) de 1897

Tengo que caminar hasta mi último momento, - que marcará el final de mi tormento,
-como el pobre judío errante².

NOTAS Cta 239

1 Teresa responde a estas líneas de la madre Inés: «No puedo decirte todo lo que ocurre en mi alma respecto a ti. ¡Es inefable! ¿Podré hablarte durante un cuarto de hora, a pesar de tus paseos vagabundos?» (LC 184, 3(?) / 6/1897).

2 Endecha del Judío Errante, estrofa 22; cf Cta 217, nota 5.

Inicio

Cta 240 A sor María de la Trinidad

3 (?) de junio de 1897

J.M.J.T.

Florecita querida de Jesús, lo he comprendido todo muy bien. No hace falta que me digas nada más. El *ojito* que hay en tu cáliz me está indicando lo que debo pensar de esa florecita que eres tú¹... Estoy muy contenta y muy reconfortada, pero ya no hay que tener *ganas* de *comer* de la *tierra*. Lo que tiene que hacer la miosotis es abrir, o, mejor, elevar su corola para que el *Pan* de los *ángeles* venga, como un rocío divino, a fortalecerla y a darle todo lo que le falta².

Buenas noches, pobre florecilla, ¡y créeme que te quiero mucho más de lo que tú te puedes imaginar...!

NOTAS Cta 240

1 Este billete desarrolla el simbolismo de la miosotis, que tanto le gustaba a sor María de la Trinidad (cf Cta 187). Se comprende aquí que la sola mirada de la novicia ya le decía a Teresa en qué estado de ánimo se encontraba aquella.

2 Sor María de la Trinidad quería privarse de la comunión en castigo por una falta.

Inicio

Cta 241 A sor Marta de Jesús

Junio de 1897 (?)

J.M.J.T.

Querida hermanita, sí, lo he comprendido todo... Pido a Jesús que haga lucir sobre tu alma el sol de su gracia. No, no temas decirle que *le amas*, *aun cuando no le sientas*. Ese es el modo de *obligar* a Jesús a socorrerte y a que te lleve como a un niño que es demasiado débil para caminar.

Es una prueba muy grande verlo todo *negro*. Pero eso no depende en absoluto de ti. Tú haz lo que *puedas*. Despega tu corazón de las *preocupaciones* de la tierra, y sobre todo de las criaturas; y luego ten la seguridad de que Jesús hará lo *demás*. El no permitirá que caigas en el temido *lodazal*... Consuélate, hermanita querida, que en el cielo ya no lo verás *todo negro*, sino *todo blanco*... Sí, todo estará revestido de la *blancura* divina de nuestro Esposo, el Lirio de los valles. *Juntas* le seguiremos adondequiera que vaya... Aprovechémonos del *breve instante* de la vida..., agrademos *juntas* a Jesús, salvémosle almas con nuestros sacrificios... Y sobre todo, seamos *pequeñas*, tan pequeñas que todo el mundo pueda pisarnos con sus pies¹, sin siquiera aparentar que lo notamos y que sufrimos por ello...

Hasta pronto, hermanita querida, me alegro de verte...

NOTAS Cta 241

1 Cf Im III, 13,3 y Or 20 del 16/7/1897.

Inicio

Cta 242 A sor María de la Trinidad

J.M.J.T.

Jesús + 6 de junio de 1897

Querida hermanita:

Tu hermosa cartita me alegró el alma. Ya veo que no me he equivocado al pensar que Dios te llama a ser una gran santa, aún siendo *pequeña* y siéndolo cada día más.

Comprendo muy bien que sientas no poder hablarme, pero puedes estar segura de que también yo sufro por no poder hacerlo, y que nunca como ahora he comprendido que tú ocupas un *lugar inmenso* en mi *corazón*...

Algo que me alegra mucho es comprobar que la tristeza no te quita el buen humor: no he podido [vº] por menos de reírme al leer el final de tu carta: ¿de modo que así te burlas de mí? ¿Quién te ha hablado de mis *escritos*¹? ¿A qué infolios te refieres? Ya veo que sueltas una mentira para sacar la verdad. Bueno, algún día la sabrás, si no es en la tierra, será en el cielo; pero seguro que no te preocupará demasiado, pues entonces tendremos otras cosas en que pensar...

¿Quieres saber si estoy contenta de ir al paraíso? Lo estaría enormemente *si* fuese a ir, pero... para ello no cuento con la enfermedad, es una conductora muy lenta. *Sólo cuento* ya con el *amor*. Pídele a Jesús que todas las oraciones que se hacen por mí sirvan para aumentar el fuego que ha de consumirme...

[vºtv] Me parece que no vas a poder leerme, lo siento², pero sólo disponía de unos minutos.

NOTAS Cta 242

1 La reanudación de la biografía de Teresa (Ms C). La madre Inés había obtenido para ello el consentimiento de la madre María de Gonzaga en la noche del 2 al 3 de junio.

2 Cf Cta 232, nota 2.

Inicio

Cta 243 A sor Genoveva¹

J.M.J.T.

7 de junio de 1897

Queridísima hermanita, no busquemos nunca lo que parece grande a los ojos de las criaturas. Salomón, el rey más sabio que hubo jamás en la tierra, después de observar todos los afanes que ocupan a los hombres bajo el sol, la pintura, la escultura y todas las demás artes, comprendió que *todas esas cosas* estaban *carcomidas* por la *envidia* recíproca, y exclamó que no eran más que vanidad y aflicción de espíritu...

La sola cosa que nadie *envidia* es el último lugar. Este *último lugar* es, pues lo único que no es vanidad y aflicción de espíritu...

[vº] Sin embargo, «el hombre no es dueño de su camino», y a veces comprobamos con sorpresa que estamos deseando lo que brilla. Entonces, coloquémonos humildemente entre los imperfectos, considerémonos *almas pequeñas* a las que Dios tiene que sostener a cada instante. Cuando él nos ve profundamente convencidas de nuestra nada, nos tiende la mano; pero si seguimos tratando de hacer algo *grande*, aunque sea so pretexto de celo, Jesús nos deja solas. «Cuando parece que voy a tropezar, tu misericordia, Señor, me sostiene» (Salmo XCIII). Sí, basta con humillarse, con soportar serenamente las propias imperfecciones. ¡He ahí la verdadera santidad²!

Cojámonos de la mano, hermanita querida, y corramos al último lugar... Nadie vendrá a disputárnoslo...

NOTAS Cta 243

1 Sor Genoveva fotografió a su hermana en este 7 de junio, lunes de Pentecostés. A pesar de su agotamiento, Teresa tuvo que posar durante mucho tiempo para satisfacer las exigencias de Celina. Esta (según una tradición oral) se impacientó. Este billete parece ser una respuesta a las quejas que le había expresado la novicia.

2 Cf Ms C 2v^o, escrito en estos mismos días. Sor María de la Trinidad comenta así esta frase de la Cta 243: «¿Qué santo canonizado ha hablado nunca así? «Nosotras, me decía, no somos santos que lloremos nuestros pecados; nosotras nos alegramos de que nuestros pecados sirvan para glorificar la misericordia de Dios» (Billete a la madre Inés, 8/3/1925).

Inicio

Cta 244 Al abate Bellière¹

J.M.J.T.

9 de junio de 1897

Querido hermanito:

Esta mañana recibí su carta², y aprovecho un momento en que la enfermera está ausente para escribirle unas últimas palabras de adiós; cuando las reciba, ya habré dejado el destierro... Su hermanita estará unida a su Jesús para siempre; entonces podrá alcanzarle gracias y volar con usted a las lejanas misiones.

¡Qué contenta estoy de morir, querido hermanito...! Sí, estoy contenta, no porque vaya a verme libre de los sufrimientos de aquí abajo (al contrario, el sufrimiento es la única cosa que me parece deseable en este valle de lágrimas), sino porque veo muy claro que ésa es la voluntad de Dios.

Nuestra Madre querría retenerme en la tierra. En este momento se está diciendo por mí un novenario de misas a Nuestra Señora de las Victorias³, que ya me curó una vez en mi niñez⁴; pero creo que el milagro que ahora haga no va ser otro que [v^o] el de consolar a nuestra Madre, que me ama tan tiernamente.

Querido hermanito, en el momento de comparecer delante de Dios, comprendo mejor que nunca que sólo una cosa es necesaria: trabajar *únicamente* por *él* y no hacer nada por uno mismo ni por las criaturas.

Jesús quiere adueñarse por entero de su corazón, quiere que sea usted un gran santo. Para ello tendrá que sufrir mucho, pero también ¡qué alegría inundará su alma cuando llegue al momento feliz de su entrada en la vida eterna...!

Hermano mío, pronto iré a ofrecer su amor a todos sus amigos del cielo y a pedirles que le protejan. Quisiera decirle, querido hermanito, un montón de cosas que comprendo ahora que estoy a las puertas de la eternidad. Pero no muero: entro en la vida, y todo lo que no puedo decirle aquí abajo se lo haré entender desde lo alto de los cielos...

Hasta Dios, hermanito, rece por su hermanita que le dice: *Hasta pronto, ¡hasta vernos en el cielo...!*

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind

NOTAS Cta 244

1 Este billete no fue enviado, debido sin duda a una mejoría pasajera. Teresa desarrollará algunas de esas ideas en Cta 253.

2 Cf Cta 247, nota 1.

3 Santuario de París, muy querido por los Martin y los Guérin; cf Ms C 8rº y UC p. 608s.

4 El 13 de mayo de 1883; cf Ms A 30rº,

Inicio

Cta 245 A la madre Inés de Jesús, sor María del Sgdo. Corazón y sor Genoveva¹

Junio (?) de 1897

Al verso

arriba: No lloréis por mí, pues estoy en el cielo con el Cordero y las vírgenes santas...².

abajo: Veo lo que creí.
Poseo lo que esperé.
Estoy unida a Aquel a quien amé
con toda mi capacidad de amar³.

A ambos lados: Un poquito de este puro amor más provecho hace a la Iglesia que todas esas otras obras juntas⁴. Por eso es gran negocio para el alma ejercitar en esta vida los actos de amor, porque, consumándose en breve, no se detengan mucho acá o allá sin ver a Dios⁵ (San Juan de la Cruz).

Al dorso

Nada encuentro en la tierra que me haga feliz; mi corazón es demasiado grande, nada de lo que en este mundo se llama felicidad puede llenarlo. Mi pensamiento vuela hacia la eternidad, ¡el tiempo va a terminarse...! Mi corazón está sosegado, como un lago tranquilo o un cielo sereno. No añoro la vida de este mundo, mi corazón tiene sed de las aguas de la vida eterna... Un poco más, y mi alma dejará la tierra, concluirá su destierro, terminará su lucha... ¡Subo al cielo... Llego a la patria..., consigo la victoria...! Voy a entrar en la morada de los elegidos, voy a ver bellezas que el ojo del hombre nunca vio, a escuchar armonías que el oído nunca escuchó, a gozar de alegrías que el corazón nunca gustó... ¡He llegado a esta hora que todas nosotras tanto hemos deseado...! Es gran verdad que el Señor escoge a los pequeños para confundir a los grandes de este mundo... No me apoyo en mis propias fuerzas, sino en las fuerzas de Aquel que en la cruz venció el poder del infierno. Soy una flor primaveral que el dueño del jardín corta para recrearse... Todas nosotras somos flores plantadas en esta tierra y que Dios corta a su tiempo, un poco antes o un poco después... ¡Yo, pequeño efémero, me voy la primera! Un día, nos encontraremos en el paraíso y gozaremos de la verdadera felicidad...!

(Teresa del Niño Jesús copió los pensamientos del angelical mártir Teófilo Vénard)⁶.

NOTAS Cta 245

- 1 Textos escritos por Teresa en una estampa, como recuerdo de despedida.
- 2 Adaptación de la tercera lectura de Maitines de la segunda fiesta de santa Inés (28 de enero).
- 3 Antífona del cántico *Benedictus* de ese mismo oficio.
- 4 SAN JUAN DE LA CRUZ, cf Cta 221, nota 2; Ms B 4v^o; Or 12 r^o.
- 5 ID, LI 2,34. Esta frase cierra el tercer pasaje que Teresa había señalado con una cruz en el ejemplar que guardaba como libro de cabecera durante su enfermedad. Cf UC pp. 149-422; *Prières*, p. 121).
- 6 Copiado de la correspondencia que escribió el mártir durante su encarcelamiento, entre el arresto (30/11/1860) y la decapitación (2/2/1861). Teresa había copiado éstos y otros pasajes en su libreta de apuntes. Al transcribirlos para sus hermanas, introdujo algunas mínimas variantes, apropiadas a su propio caso.

Inicio

Cta 246 A sor María de la Trinidad

13 de junio de 1897

Que el divino Niño Jesús encuentre en tu alma una morada totalmente perfumada por las rosas del amor; que encuentre también en ella la lámpara ardiente de la caridad fraterna¹,

que hará entrar en calor a sus miembrecitos helados y que alegrará su corazoncito haciéndole olvidar la ingratitude de las almas que no le aman lo suficiente.

Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
r.c.i.

(13 de junio de 1897)²

NOTAS Cta 246

1 Cf Ms C 11vº y s., palabras escritas alrededor del 12-15 de junio; especialmente 12rº.

2 Domingo de la Santísima Trinidad, onomástico de sor María de la Trinidad. Este texto estaba escrito al dorso de una estampa.

Inicio

Cta 247 Al abate Bellière

J.M.J.T.

Carmelo de Lisieux

21 de junio de 1897

Jesús +

Querido hermanito:

He dado gracias a Nuestro Señor con usted por la gracia tan señalada que se dignó concederle el día de Pentecostés¹. En esa misma hermosa fiesta (hace 10 años) obtuve yo, no de mi director sino de mi padre, el permiso para hacerme apóstol en el Carmelo². Un motivo más de parecido entre nuestras almas.

Por favor, querido hermanito, ni se le ocurra nunca pensar que «me aburre o me distrae» hablándome mucho de usted. ¿Cómo iba a ser posible que una hermana no tuviese interés *por todo* lo que se refiere a su hermano? Y en cuanto a distraerme, no tiene nada que temer: sus cartas, por el contrario, me unen más a Dios al hacerme [1vº] contemplar de cerca las maravillas de su misericordia y de su amor.

A veces Jesús quiere «revelar sus secretos a los más pequeños». Prueba de ello es que, después de haber leído su primera carta del 15 de oct. del 95, yo pensé lo mismo que su director: usted no puede ser un santo a medias, tendrá que serlo del todo o no serlo en absoluto. Comprendí que usted debía de tener un alma valiente, y por eso me sentí feliz de ser su hermana.

No crea que me asusta al hablarme de «sus años más hermosos desperdiciados". Agradezco a Jesús que lo haya mirado con una *mirada* de *amor* como en otro tiempo miró al joven del Evangelio. Usted, más afortunado que él, ha respondido fielmente a la llamada del Maestro y lo ha dejado todo para seguirlo, y en la *edad más hermosa* de la vida, a los 18 años...

Usted, hermano, igual que yo, puede cantar las misericordias del Señor³, que brillan en usted en todo su esplendor... Usted ama a san Agustín y santa María Magdalena, esas almas a las que «se les han perdonado muchos pecados [2rº] porque amaron mucho". También yo les amo, amo su arrepentimiento, y sobre todo... ¡su amorosa audacia⁴! Cuando veo a Magdalena adelantarse, en presencia de los numerosos invitados, y regar con sus lágrimas los pies de su Maestro adorado, a quien toca por primera vez, siento que *su corazón* ha comprendido los abismos de amor y de misericordia *del corazón de Jesús* y que, por más pecadora que sea, ese corazón de amor está dispuesto, no sólo a perdonarla, sino incluso a prodigarle los favores de su intimidad divina y a elevarla hasta las cumbres más altas de la contemplación.

Querido hermanito, desde que se me ha concedido a mí también comprender el amor del corazón de Jesús, le confieso que él ha desterrado todo temor de mi corazón. El recuerdo de mis faltas me humilla y me lleva a no apoyarme nunca en mi propia fuerza, que no es más que debilidad; pero sobre todo, ese recuerdo me habla de misericordia y de amor. Cuando uno arroja sus faltas, con una confianza enteramente filial, en la hoguera devoradora del Amor, [2vº], ¿cómo no van a ser consumidas para siempre⁵?

Sé que ha habido santos que pasaron su vida practicando asombrosas mortificaciones para expiar sus pecados. Pero, ¿qué quiere?, «en la casa del Padre celestial hay muchas estancias". Lo dijo Jesús, y por eso yo sigo el camino que él me traza. Procuro no preocuparme ya de mí misma en nada y dejar en sus manos lo que él quiera obrar en mi alma, pues no he elegido una vida de austeridad para expiar mis faltas sino las de los demás.

Acabo de releer estas líneas, y me pregunto si usted me entenderá, porque me he explicado muy mal. No crea que censuro el arrepentimiento que usted tiene de sus faltas y sus deseos de expiarlas. En absoluto, ¡estoy muy lejos de hacerlo! Pero mire, ahora que somos *dos*, el trabajo se hará más rápidamente (y a mí, a *mi estilo*, me cundirá más el trabajo que a usted); por eso espero que algún día Jesús lo hará caminar por el mismo camino que a mí⁶.

Perdón, querido hermanito, no sé lo que me pasa hoy, pues realmente digo lo que no quisiera decir. No me queda ya sitio para contestar a su [2vºtv] carta. Lo haré en otra ocasión. Gracias por las fechas. Ya he festejado sus 23 años⁷. Ruego por sus queridos padres, a los que Dios se llevó ya de este mundo, y no olvido a la madre a la que tanto ama⁸.

Su indigna hermanita,

T. del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 247

1 El 7 de junio, lunes de Pentecostés, el abate Bellière escribía a Teresa: «Ayer, mi muy querida hermana, a la misma hora en que el Espíritu Santo descendía sobre los apóstoles con su luz y con su fuerza, recibía yo sus órdenes de labios de mi Director. Dicho de otra manera, recibía una confirmación casi decisiva de mi vocación y escuchaba esto: Usted tiene una vocación seria, en la que yo creo firmemente y en la cual Dios manifiesta de manera singular su Providencia. Por mil ocasiones de perderse, Dios le ha concedido diez mil de salvarse. Es más, él quiere que sea misionero. El camino está abierto, vaya.

«Y voy a partir, querida hermanita. Pasaré estas vacaciones con mi familia, y el 1 de octubre llegaré a Argel para hacer el noviciado en Maison-Carrée con los Padres Blancos. (...) Si más tarde me ocurre sentir desmayo o desaliento, (...) sabré, hermana, que usted está cerca de mí con su caridad fraternal, y no será ése el menor sostén de mi pobre alma. Usted me ha prometido que, incluso después del destierro, estará a mi lado, y no tengo miedo.

«Adoremos a Dios, hermana mía, ayúdeme a darle gracias. Yo menos que nadie, créame, merecía este honor, en el que no puedo pensar si no es temblando, y este amor de Dios me asusta un poco. Sin embargo, quiero que venza la confianza y entregarme sin reservas, que, por otra parte, es lo que me han pedido. El Padre me ha dicho: Tiene que entregarse enteramente a Dios, que se lo pide todo. Usted no puede estar a su servicio sólo a medias; o es un buen sacerdote, o no es nada. Estos son también mis sentimientos y quiero darme sin cálculos (...)

«Usted me decía no hace mucho: «Siento que nuestras almas fueron hechas para comprenderse». También a mí me lo parece, y, como soy un poco supersticioso respecto a la Providencia, no puedo dejar de establecer algunas semejanzas (pero también ¡cuántas diferencias!).

«Permítame transmitirle algunas con toda sencillez. Unos mismos deseos: almas, apostolado... -usted es ante todo un apóstol, creo yo-. Esa necesidad de entrega a una causa santa. (...)

«Siendo aún muy joven, usted, querida hermanita, se vio privada de las caricias de una madre. Pues ya ve, yo no llegué a conocer a la mía; es más, ella murió por causa mía. Hasta los 10 ó los 11 años yo ignoraba esta desgracia, pues estaba recibiendo de una tía el afecto y las caricias que yo creía eran caricias de una madre, tan dulces y bienhechoras eran para mí. Por eso siempre llamé «madre» a esta hermana de mi madre, y mi corazón sufrirá [al separarme de ella] tanto como hubiese sufrido si me despidiese de mi madre para ir al lejano apostolado. (...)

«No me sorprendería que tuviésemos también las mismas devociones. A mí me ha convertido el Sagrado Corazón, después de muchas necedades y cobardías. Los años más hermosos de la vida, los que más ama Jesús, yo los he despilfarrado, sacrificando al mundo y a sus locuras los «talentos» que Dios me había prestado. Pero la Santísima Virgen, Nuestra Señora de la Liberación, a la que usted seguramente conoce, me ha ayudado también mucho. San José me ha recibido en su guardia de honor. Y espero mucho de la amistad de los santos Pablo, Agustín, Mauricio, Luis Gonzaga, Francisco Javier, y de las santas Juana de Arco, Celina e Inés (a quienes usted ha cantado),

Genoveva, que era una valiente y cuya fiesta está enmarcada entre su nacimiento de usted y su bautismo (3 de enero), Teresa, sobre todo desde que sé que es la santa patrona de mi querida hermanita, María Magdalena, la pecadora a la que Jesús llegó a amar tanto. (...)

«¡Cómo debo de aburrirla y distraerla, mi valiente y querida hermanita, con toda esta palabrería en la que me parece que hablo de mí más de la cuenta! Perdóneme. La verdad, se lo aseguro, es que soy un miserable, y gracias a que usted está ahí Dios me sigue amando todavía. Estoy seguro de que se lo recompensará, y así se lo pido ardientemente.

«Mi muy querida y genial hermanita, yo seré para siempre su agradecido, aunque indigno hermano,

M. Barthélemy Bellière

«No tenga miedo, hermana mía, estoy demasiado celoso de la gracia de Dios que me concede el favor de sus cartas, para que ningún profano penetre en su secreto» (LC 186, 7/6/1897).

2 El 29 de mayo de 1887; cf Ms A 50rº.

3 Tema fundamental del Ms A, que se retoma al principio del Ms C, en curso de redacción.

4 Cf Ms C 36vº.

5 Cf CA 11.7.6 y CG p. 1022+g.

6 El 15 de julio, el abate Bellière escribía a este respecto: «¿Sabe que me abre horizontes nuevos? En su última carta, especialmente, encuentro una serie de reflexiones sobre la misericordia de Jesús, sobre la familiaridad a que él nos invita, sobre la sencillez en las relaciones del alma con nuestro gran Dios, que hasta el presente no me habían conmovido mayormente, sin duda porque nadie me las había presentado con esa sencillez y esa unción que su corazón prodiga. Y pienso como usted. Pero yo sólo llego imperfectamente a esa sencillez exquisita que me parece asombrosa, porque soy un pobre orgulloso y me apoyo todavía demasiado en las cosas creadas.

«No, querida hermanita, no se ha explicado mal, tiene toda la razón. He comprendido bien sus ideas. Y como usted dice tan bien y tan acertadamente, ya que en la práctica somos dos, me fío enteramente de Nuestro Señor y de usted, que es el camino más seguro. Todo lo que me dice lo considero como proveniente del mismo Jesús, tengo plena confianza en usted y me acomodo a su estilo, que quisiera hacer mío» (LC 188, 15/7/1897).

7 El 10 de junio.

8 Su tía, la señora Barthélemy.

Cta 248 A Leonia

Finales de junio (?) de 1897

J.M.J.T.

Mi querida Leonia:

Me *emocionó a más no poder* tu rapidez en complacerme. Te lo agradezco de todo corazón y estoy encantada de la colcha que me has hecho. Es exactamente como yo la quería...

Mañana ofreceré por ti la comunión...

Te *quiero* y te abrazo. Tu hermanita,

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

Inicio

Cta 249 A sor María de la Trinidad¹

(Fragmentos)

Mediados de julio (?) de 1897

J.M.J.T.

Querida hermanita:

No quiero que estés triste. Sabes bien qué perfección sueño yo para tu alma,

(...)

Compadezco tu debilidad (...), contigo hay que decir *enseguida* lo que se piensa.

(...)

enfermería, debería haberte hecho comprender que te sería más difícil conseguir permiso para venir después de Maitines

(...)

el demonio se aleja

Ahora no me

(...)

comprendido tu lucha y te habría consolado bondadosamente si no lo hubieses dicho en voz alta, sino que

(...)

Adiós, pobre m.², a quien tendré que llevar muy pronto al cielo. Quiero tenerlo todo entero

NOTAS Cta 249

1 Un día -cuenta la interesada- en que ya no podía más de pena y de luchas porque me tenían alejada de ella (de Teresa) como si fuese una extraña, fui a la enfermería y desahugué mis quejas delante de una de sus hermanas (...). Mi amarga queja apenó a la Sierva de Dios, que me despidió reprochándome severamente mi falta de virtud. ¡Por la noche, me hizo llegar este billete! (Cf CG p. 1024).

2 «*Muñeca*»; cf Cta 136, nota 2.

Inicio

Cta 250 A sor María de San José

Julio (?) de 1897

J.M.J.T.

Espero que sor Genoveva te haya consolado¹. El pensamiento de que ya no estás triste hace desaparecer mi tristeza... ¡Y que *felices* seremos en el cielo! Allí participaremos de las perfecciones divinas y podremos dar a todo el mundo sin vernos obligados a dejar sin nada a nuestros amigos más queridos...

Dios ha [v^o] hecho bien en no darnos este poder en la tierra, pues quizás no hubiéramos querido abandonarla. Y además, ¡nos hace tanto bien reconocer que sólo él es perfecto, que sólo él debe bastarnos cuando quita la rama que sostiene al pajarillo! ¡El pájaro tiene alas, está hecho para volar²!

NOTAS Cta 250

1 Seguramente, de no poder entrar en la enfermería, ¿de la que sor Genoveva era la «guardiana»?

2 La rama es evidentemente Teresa, y el pájaro sor María de San José. Esta sufrirá por tener que conformarse con raras y silenciosas visitas a la enfermería. Cf UC p. 479.

Inicio

Cta 251 A sor Marta de Jesús

Junio-julio (?) de 1897

J.M.J.T.

La pequeña esposa de Jesús no tiene que estar triste, pues Jesús lo estaría también. Debe cantar siempre en su corazón el cántico del amor. Tiene que olvidar sus *pequeñas* penas para consolar las *grandes* penas de su Esposo...

Hermanita querida, no seas una *chiquilla triste* pensando ver que no te comprenden, que te juzgan mal, que te olvidan, sino ríete de todo el mundo procurando actuar como las demás [vº], o, mejor, tratándote a ti misma como [dices que] te tratan las demás, es decir, *olvidándote de todo* lo que no es Jesús y olvidádoTE a ti misma por su amor...

Hermanita querida, no me digas que eso es difícil. Si te hablo así, la culpa es tuya: me has dicho que amas *mucho* a Jesús, y al alma que ama nada le parece imposible¹...

Puedes estar segura de que tu billetito me ha *agradado* mucho²...

NOTAS Cta 251

1 Cf Im III,5.4.

2 Cf CA 15.6.2 y 8.7.6.

Inicio

Cta 252 A la madre Inés de Jesús

13 de julio de 1897

Te quiero mucho, mamáita, ¡pronto lo verás! ¡Sí, sí...!

Inicio

Cta 253 Al abate Bellière¹

J.M.J.T.

Jesús + 13 de julio de 1897

Querido hermanito:

Cuando lea estas letras, quizás yo no esté ya en la tierra, sino en el seno de las delicias eternas. No conozco el futuro, pero puedo decirle con seguridad que el Esposo está a la puerta. Se necesitaría un milagro para retenerme en el destierro, y no creo que Jesús haga ese milagro inútil.

Querido hermanito, ¡qué contenta estoy de morir! Sí, estoy contenta, no por verme libre de los sufrimientos de aquí abajo (al contrario, el sufrimiento unido al amor es lo único que me parece deseable en este valle de lágrimas). [1vº] Estoy contenta de morir porque veo que ésa es la voluntad de Dios y porque seré mucho más útil que aquí abajo a las almas que amo, y muy especialmente a la suya.

En su última carta a nuestra Madre me pedía que le escribiese a menudo durante las vacaciones. Si el Señor quiere prolongar todavía algunas semanas más mi peregrinación y nuestra Madre lo permite, podría garabatearle aún algunas palabras como éstas. Pero lo más probable es que haga algo más que escribirle a mi querido hermanito, incluso más que hablarle el lenguaje fastidioso de la tierra: estaré *muy cerca* de él, veré todo lo que [2rº] necesita y no dejaré en paz a Dios hasta que me conceda todo lo que quiero... Cuando mi hermanito querido parta para Africa, yo le seguiré, y no ya con el pensamiento o con la oración: mi alma estará siempre con él, y su fe le hará descubrir la presencia de una hermanita que Jesús le dio, no para que le sirviera de apoyo durante apenas dos años, sino *hasta el último día de su vida*.

Todas estas promesas, hermano, tal vez puedan parecerle un tanto quiméricas; sin embargo, debe empezar a saber que Dios siempre me ha tratado como a una niña mimada. Es verdad que su cruz me ha acompañado desde la cuna, [2vº] pero Jesús me ha hecho amar apasionadamente esa cruz y me ha hecho siempre desear lo que él quería darme². ¿Va a empezar entonces en el cielo a no colmar ya mis deseos? La verdad, no puedo creerlo, y le digo: «Pronto, hermanito, estaré cerca de usted».

Se lo suplico, pida mucho por mí, ¡necesito tanto las oraciones en este momento! Pero *sobre todo*, pida por *nuestra Madre*; ella quisiera retenerme todavía mucho tiempo aquí abajo, y para conseguirlo esta venerada Madre ha mandado decir un novenario de Misas a Nuestra Señora de las Victorias que ya me curó en la niñez; pero yo, sabiendo que el milagro no se realizará, he pedido y alcanzado de la Santísima Virgen que ella consuele un poco el corazón de mi Madre, o, mejor, que le haga consentir en que Jesús me lleve al cielo.

[2rtv] *Hasta Dios*, hermanito, *hasta pronto*, hasta que *volvamos a vernos* en el hermoso cielo.

T. del Niño Jesús y de la Santa Faz
rel. carm.

NOTAS Cta 253

1 Esta carta retoma varias ideas del billete de despedida del 9 de junio (Cta 244), que no fue enviado.

2 Cf CA 13.7.15, frase idéntica a la de ese día, y Ms C 31r°; cf UC p. 400.

Inicio

Cta 254 Al P. Roulland

J.M.J.T.

Carmelo de Lisieux

14 de julio de 1897

Jesús +

Hermano:

Me dice en su última carta (que me ha gustado mucho): «Soy como un *bebé* que está aprendiendo a hablar"¹. Pues bien, desde hace cinco o seis semanas, también yo soy como un bebé, pues sólo vivo de *leche*², pero pronto iré a sentarme en el banquete celestial, pronto iré a apagar mi sed en las aguas de la vida eterna. Para cuando usted reciba esta carta, seguramente yo habré dejado ya la tierra. El Señor, en su infinita misericordia, me habrá abierto ya su reino y podré disponer de sus tesoros para prodigarlos a las almas que amo.

Puede estar seguro, hermano, de que su hermanita mantendrá sus promesas, y que su alma, libre ya del peso de su envoltura mortal, volará feliz hacia las lejanas regiones que usted está evangelizando. Lo sé, hermano mío: le voy a ser mucho más útil en el cielo que en la tierra; por eso vengo, feliz, a anunciarle mi ya próxima entrada en esa bienaventurada ciudad, segura de que usted compartirá mi alegría y dará gracias al Señor por darme los medios de ayudarlo a usted más eficazmente en sus tareas apostólicas.

Tengo la confianza de que no voy a estar inactiva en el cielo. Mi deseo es seguir trabajando por la Iglesia y por las almas. Así se lo pido a Dios, y estoy segura de que me va a escuchar. ¿No están los ángeles continuamente ocupados de nosotros, sin dejar nunca de contemplar el rostro de Dios y de abismarse en el océano sin orillas del amor³? ¿Por qué no me va a permitir Jesús a mí imitarlos?

Ya ve, hermano, que si abandono el campo de batalla, no es con el deseo egoísta de irme a descansar. El pensamiento de la felicidad eterna apenas si hace estremecerse a mi corazón: desde hace mucho tiempo, el sufrimiento se ha convertido en mi cielo aquí en la tierra, y realmente me cuesta entender cómo voy a poder aclimatarme a un país en el que reina la alegría sin mezcla alguna de tristeza. Será necesario que Jesús transforme mi alma y le dé capacidad para gozar; de lo contrario, no podré soportar las delicias eternas.

Lo que me atrae hacia la patria del cielo, es la llamada del Señor, es la esperanza de poder amarle al fin tanto como he deseado, y el pensamiento de que podré hacerle amar por una multitud de almas que lo bendecirán eternamente.

Hermano mío, ya no va a tener tiempo para hacerme sus encargos para el cielo, pero los adivino. Además, sólo tiene que decírmelos muy bajito, y yo le escucharé y llevaré fielmente sus mensajes al Señor, a nuestra Madre Inmaculada, a los ángeles y a los santos que usted ama. Yo pediré para usted la palma del martirio y estaré cerca de usted sosteniéndole la mano para que pueda recoger sin esfuerzo esa palma gloriosa, y luego volaremos juntos jubilosos a la patria celestial, rodeados de todas las almas que usted ha conquistado.

Adiós, hermano, rece mucho por su hermanita, rece *por nuestra Madre*, a cuyo corazón sensible y maternal le cuesta tanto aceptar mi partida. Cuento con usted para consolarla.

Soy, para toda la eternidad, su hermanita

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 254

1 «Aquí estoy como un bebé, sin saber hablar y aprendiendo la lengua en una familia cristiana», escribía el P. Roulland a Teresa (LC 178, 29/4/1897).

2 Desde la semana de Pentecostés Teresa sigue un régimen lácteo.

3 Cf ARMINJON, *op. cit.*, p. 302 y CA 17.7.

Inicio

Cta 255 A los señores Guérin

J.M.J.T.

Jesús 16 de julio de 1897

Mis queridos tíos:

Me siento enormemente feliz de poder demostrarles que su Teresita no ha abandonado todavía el destierro, pues sé que esto les llenará de alegría. Sin embargo, creo, queridos familiares, que su alegría será todavía mucho mayor cuando, en vez de leer unas pocas líneas trazadas con mano temblorosa, sientan mi alma cerca de la suya.

Sí, estoy segura de que Dios me permitirá derramar a manos llenas sus gracias sobre ustedes y sobre mi hermanita Juana y su Francis. Escogeré para ellos el querubín más hermoso del cielo [1vº] y pediré a Jesús que se lo regale a Juana para que llegue a ser «un gran pontífice y un gran santo»¹. Si no soy escuchada, mi querida hermanita tendrá realmente que renunciar al deseo de ser madre aquí en la tierra, pero podrá alegrarse pensando que en el cielo «el Señor le dará el gozo de ver que es *madre de muchos hijos*»², como lo prometió el Espíritu Santo al cantar por boca del rey profeta esas palabras

que acabo de escribir. Esos hijos serán las almas que su sacrificio, aceptado con entereza, hará nacer a la vida de la gracia; pero confío que le podré alcanzar *mi querubín*, es decir, un alma que sea su *copia* fiel, pues un querubín no va a querer desterrarse ni siquiera para recibir las dulces caricias de una madre...

Me doy cuenta de que no voy a tener espacio en esta carta para decir todo lo que quisiera. [2rº] Quería, queridos tíos, contarles detalladamente mi comunión de esta mañana³, que ustedes hicieron que fuese tan emocionante, o, mejor dicho, tan triunfante, con sus ramos de flores. Dejo que mi querida hermanita sor M. de la Eucaristía les cuente los detalles, y sólo quiero decirles que ella cantó antes de la comunión una coplilla que yo había compuesto para esta mañana⁴. Cuando Jesús estuvo en mi corazón, volvió a cantar esta estrofa de «Vivir de amor»: ¡Morir de amor, dulcísimo martirio! No acierto a decirles lo digna y hermosa que era su voz. Me había prometido no llorar por complacerme, y mis esperanzas se vieron rebasadas. Jesús debió *escuchar* y comprender perfectamente lo que espero de él, y eso era justamente lo yo que quería...

[2vº] Ya sé que mis hermanas les han hablado de mi alegría. Es verdad que soy como un pinzón, excepto cuando tengo fiebre; por suerte, la fiebre sólo viene a visitarme al anochecer, a la hora en que los pinzones duermen, con la cabeza escondida bajo el ala. No estaría tan alegre como estoy si Dios no me enseñase que la única alegría posible en la tierra es cumplir su voluntad. Un día creo estar a las puertas del cielo, al ver el aire consternado del Sr. de Cornière, y al día siguiente se va muy contento, diciendo: Estás en vías de curación... Lo que pienso yo (pobre *niñito* de *leche*⁵) es que no me curaré, pero que podría *ir tirando* así todavía mucho tiempo.

Hasta Dios, queridos tíos, sólo en el cielo podré expresarles todo mi cariño; mientras vaya *tirando*, mi lápiz será incapaz de hacerlo.

Su hijita,

T. del Niño Jesús
r.c.i.

NOTAS Cta 255

1 Cf Cta 152, nota 2.

2 Cf Cta 178, nota 6.

3 Cf CA 15.7.3 y UC p. 631.

4 «Tú que conoces mi infinita nada» (PS 8); UC p. 398.

5 Cf Cta 254, nota 2.

Inicio

Cta 256 A sor Marta de Jesús

16 (?) de julio de 1897

J.M.J.T.

Querida hermanita:

En este momento me acuerdo de que no te he felicitado el cumpleaños¹. Créeme que este olvido me *parte el corazón*, tenía mucha ilusión por hacerlo: quería regalarte la oración sobre la humildad². Aún no he terminado de copiarla, pero pronto la tendrás.

Tu gemela³, que no puede dormirse sin [vº] enviarte este billete,

Teresa del Niño Jesús
rel. carm. ind.

NOTAS Cta 256

1 Ese día 16 de julio sor Marta cumplía treinta y dos años.

2 «Oración para obtener la humildad», compuesta por Teresa (Or 20).

3 Teresa y Marta son casi gemelas de profesión, con una diferencia de apenas quince días: 8 y 23 de septiembre de 1890.

Inicio

Cta 257 A Leonia

J.M.J.T.

Jesús + 17 de julio de 1897

Querida Leonia:

Me siento feliz de poder conversar contigo una vez más. Hace unos días no pensaba volver a tener ya este consuelo en la tierra, pero parece que Dios quiere prolongar un poco más mi destierro. No me aflijo por ello, pues no quisiera entrar en el cielo ni un minuto antes por mi propia voluntad. La única felicidad que hay en la tierra es esforzarnos por encontrar siempre deliciosa la porción que Jesús nos ofrece, y la tuya es muy bella, querida [vº] hermanita: si quieres ser santa, a ti te resultará muy fácil, pues en lo hondo de tu corazón el mundo no es nada para ti. Tú puedes, por tanto, igual que nosotras, ocuparte de «la única cosa necesaria», es decir, que, aun entregándote con entusiasmo a las obras exteriores, tu *único* objetivo sea: agradar a Jesús y unirte más íntimamente a él.

Quieres que en el cielo ruegue por ti al Sagrado Corazón. Puedes estar segura de que no me olvidaré de darle tus encargos y de pedirle encarecidamente todo lo que necesites para llegar a ser una *gran santa*.

Hasta Dios, hermana querida. Yo quisiera que el pensamiento de mi entrada en el cielo te llenase de alegría, ya que allí podré amarte todavía más.

Tu hermanita,

T. del Niño Jesús

[vºtv] Ya te escribiré más despacio otra vez, ahora no puedo, pues el bebé necesita irse a dormir¹.

NOTAS Cta 257

1 Cf CG p. 1037+c.

Inicio

Cta 258 Al abate Bellière

18 de julio de 1897

Jesús +

Mi pobre y *querido* hermanito:

Su dolor me *llega al alma*¹, pero mire qué bueno es Jesús, que permite que pueda volver a escribirle para tratar de consolarle, y seguro que no será la última vez. Nuestro buen Salvador escucha sus quejas y sus oraciones, y por eso me deja todavía en la tierra. No crea que me aflijo por ello. No, querido hermanito; al contrario, pues en esta forma de obrar de Jesús veo cuánto le quiere a usted...

No cabe duda que me he explicado mal en mi última cartita, ya que me dice, queridísimo hermanito, que «no le pida esa *alegría* que yo siento al acercarse la *Felicidad*". Si por unos instantes pudiera usted leer en mi alma, ¡qué sorprendido quedaría²! El pensamiento de la felicidad del cielo no sólo no me produce ninguna alegría, sino que a veces incluso me pregunto cómo voy a poder ser feliz sin sufrir. Jesús, sin duda, cambiará mi naturaleza; de lo contrario, echaré de menos el sufrimiento y este valle de lágrimas. Nunca he pedido a Dios morir joven, [1vº] me habría parecido cobardía; pero él ha querido darme, desde mi más tierna infancia, la íntima convicción de que mi carrera aquí abajo sería corta. Así pues, lo único que constituye toda mi alegría es el pensamiento de hacer la voluntad de Dios.

Querido hermanito, ¡cómo me gustaría verter en su alma el bálsamo del consuelo! Pero lo único que puedo es hacer más las palabras de Jesús en la última cena. No creo que se

ofenda, pues soy su esposa y, por consiguiente, sus bienes son míos³. Le digo, pues, como él decía a sus íntimos: «Me voy a mi Padre. Pero por haberos dicho esto, la tristeza os ha llenado el corazón. Sin embargo, lo que os digo es la verdad: os conviene que yo me vaya. Vosotros ahora sentís tristeza, pero volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría».

Sí, estoy segura: después de mi entrada en la vida, la tristeza de *mi querido hermanito* se cambiará en una *alegría serena* que ninguna criatura podrá arrebatarme.

Estoy segura: tenemos que ir al cielo por el mismo camino, por el del sufrimiento unido al amor. Cuando llegue a puerto, querido hermanito de mi alma, le enseñaré cómo navegar por el mar tempestuoso del mundo con el abandono y el amor de un niño que sabe que su Padre lo ama [2r^o] y no puede dejarlo solo en la hora del peligro.

¡Cómo me gustaría hacerle comprender la ternura del Corazón de Jesús y lo que él espera de usted! Su carta del día 14⁴ hizo que mi corazón se estremeciera de alegría: comprendí mejor que nunca hasta qué punto nuestras almas son gemelas, pues también la suya está llamada a elevarse hacia Dios por el ASCENSOR del amor, en vez de tener que subir la dura *escalera* del temor... No me extraña en absoluto que el trato familiar con Jesús le parezca algo difícil de realizar, no se puede llegar a ello en un día; pero estoy segura de que le ayudaré mucho más a caminar por este camino deleitoso cuando me vea liberada de mi envoltura mortal, y que pronto podrá decir con san Agustín: «El amor es el peso que me arrastra⁵».

Quisiera tratar de hacerle comprender con una comparación muy sencilla⁶ cómo ama Jesús a las almas que confían en él, aun cuando sean imperfectas. Supongamos que un padre tiene dos hijos traviosos y desobedientes, y que, al ir a castigarlos, ve que uno de ellos se echa a temblar y se aleja de él aterrorizado, llevando en el corazón el sentimiento de que merece ser castigado; y que su hermano, por el contrario, se arroja en los brazos de su padre diciendo que lamenta haberlo disgustado, que lo quiere y que, para demostrárselo, será bueno en adelante; si, además, este hijo pide a su padre [2v^o] que lo *castigue* con un *beso*, yo no creo que el corazón de ese padre afortunado pueda resistirse a la confianza filial de su hijo, cuya sinceridad y amor conoce. Sin embargo, no ignora que su hijo volverá a caer más de una vez en las mismas faltas, pero está dispuesto a perdonarle siempre si su hijo le vuelve a ganar una y otra vez por el corazón... Sobre el primer hijo, querido hermanito, no le digo nada, usted mismo comprenderá si su padre podrá amarle tanto y tratarle con la misma indulgencia que al otro...

¿Pero por qué hablarle de la vida de confianza y de amor? Me explico tan mal, que tendré que esperar al cielo para hablarle de esta vida tan feliz. Lo que yo quería hoy hacer era consolarlo. ¡Qué feliz me sentiría si usted aceptase mi muerte como la acepta la madre Inés de Jesús! Usted seguramente no sabe que ella es dos veces mi hermana y que es quien me hizo de madre en mi niñez. Nuestra Madre temía mucho que su temperamento sensible y el gran cariño que me tiene le hiciesen muy amarga mi partida. Ha ocurrido lo contrario: habla de mi muerte como de una fiesta, y eso es un gran consuelo para mí. Por favor, querido hermanito, trate de convencerse, como ella, de que, en vez de perderme, me *va a encontrar* y de que ya nunca lo abandonaré. Y pida esta misma gracia para la Madre, a quien usted ama y a quien yo amo aún más que usted, pues es mi Jesús visible.

Le daría gustosa lo que me pide⁷ si no hubiese hecho voto de pobreza; pero, por haberlo hecho, no puedo disponer ni siquiera de una estampa. La única que puede complacerle es nuestra Madre, y sé que ella [2v^otv] cumplirá sus deseos. Precisamente en vista de la proximidad de mi muerte, una hermana me ha hecho una fotografía el día del santo de [1v^otv] nuestra Madre. Las novicias, al verme, exclamaron que había adoptado un aire solemne⁸, por lo visto ordinariamente estoy más sonriente. Pero, créame, hermanito, que si mi foto no le sonrío, mi [2r^otv] *alma* no cesará de *sonreírle* cuando esté cerca de usted.

Hasta Dios, mi *querido y muy amado hermano*. Esté seguro de que por toda la eternidad seré su *verdadera hermanita*,

T. del Niño Jesús
r.c.i.

NOTAS Cta 258

1 Tras recibir la carta 253 y otra carta «desolada» de la madre María de Gonzaga, el abate Bellière escribía a esta última: «¡Vaya!, estoy llorando como cuando nos golpea una gran desgracia» (17/7/1897). Y dirigía a Teresa esta carta llena de dolor: «¡Pobre hermanita mía, qué golpe para mi pobre corazón! ¡Estaba tan poco preparado para eso! No le pida la alegría que usted siente al acercarse la Felicidad: sigue atado a su pesada cadena y remachado fuertemente a su cruz. Usted va a partir, querida hermanita, y él se queda solo una vez más. Sin madre, sin familia, se había concentrado en la caridad de su hermana, había convertido en dulce costumbre esa santa intimidad, era feliz (sí, muy feliz) al sentir cerca de sí esa mano amiga que lo consolaba, lo fortalecía o lo levantaba. Avanzaba sonriente por el camino de la cruz porque ya no se sentía solo. Era feliz y esperaba con impaciencia el momento de lanzarse al desierto, porque tenía la confianza de que iba a ser apoyado. El único afecto terreno que le quedaba lo iba a romper, contando para compensarlo con el que Jesús le había brindado en la persona de un ángel de la tierra. Y he aquí que Jesús le quita este bien en el momento en que más parecía desearlo. ¡Qué duro es esto y qué penoso para un alma mal afianzada en Dios! Sin embargo, ¡fiat! ¡fiat!, ya que usted, hermana, va a ser feliz para siempre. Sí, es justo, y yo soy un egoísta. Parta, hermanita, no haga esperar más a Jesús, que está impaciente por llevársela. Déjeme a mí batallar, llevar la cruz, caer bajo su peso y morir de pena. Usted, sin embargo, estará allí a mi lado, me lo ha prometido y cuento con ello; ésta es mi última esperanza para el presente y para el porvenir. Usted estará conmigo, cerca de mí; su alma guiará la mía, le hablará y la consolará, a menos que Jesús, enfadado por mis quejas, no lo quiera así. Pero usted, hermanita, su niña mimada, convertida en su esposa y reina con él, ganará mi causa y me atraerá hacia él en el último día, usted sabrá por qué camino, por el más rápido, el martirio, si él lo quiere. - A pesar de todo, doy gracias al Maestro: con esta nueva lección, él me enseña a desapegarme de todo lo que es pasajero y a no poner los ojos más que en él.

«Parta, pues, querida hermanita de Dios, y hermanita mía también. Dígale a Jesús que yo quisiera amarle, mucho, con todo mi ser. Enséñeme a amarle como usted. Dígale a María que la quiero con toda el alma. A mis santos, a los que usted ya conoce, dígales también mi amor. Y usted, que va a convertirse en mi santa predilecta, usted, hermanita mía, ¡bendígame y sálveme (...)!» (LC 189, 17/7/1897).

2 La prueba de la fe, que Teresa padece desde hace quince meses, no afloja: «Todo carga sobre el cielo» (CA 3.7.3).

3 Cf Ms C 34vº.

4 Del 15 de julio en realidad; véase Cta 247, nota 6.

5 SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, 13, 9.

6 Cf Cta 191.

7 El abate Bellière escribía también a Teresa el 17 de julio: «Déjeme, por favor, alguna cosa suya, el crucifijo, si quiere» (LC 189).

8 *Visage de Thérèse de Lisieux*, nº 43, foto tercera del 7 de junio. Teresa se enderezó para dominar su agotamiento; cf Cta 243, nota 1.

Inicio

Cta 259 A sor Genoveva

J.M.J.T.

22 de julio de 1897

Fiesta de Sta. María Magdalena

Jesús +

«Que el justo me golpee por compasión hacia los pecadores, pero que unguento del impío no perfume mi cabeza».

Yo sólo puedo ser golpeada y probada por los justos, pues todas mis hermanas son gratas a Dios. Es menos amargo ser golpeada por un pecador que por un justo; pero por compasión hacia los pecadores y para obtener su conversión, [vº] yo te pido, Dios mío, ser golpeada en su favor por las almas justas que me rodean. Te pido también que el *ungüento* de las alabanzas, tan dulce para la naturaleza, no perfume mi cabeza, es decir, mi espíritu, haciéndome creer que tengo unas virtudes que apenas he practicado algunas veces.

¡Oh, Jesús!, tu nombre es como *ungüento* derramado, y en ese divino perfume quiero yo bañarme toda entera, lejos de la mirada de las criaturas...

Inicio

Cta 260 A los señores Guérin

24-25 (?) de julio de 1897

J.M.J.T.

Teresita agradece mucho a su tía querida la preciosa carta que le ha enviado; y le da gracias también a su tío querido por el deseo que tenía de escribirle; y a su hermanita Leonia, que la embelesa por su abandono y por su cariño *a toda prueba*.

Teresita envía regalos a todos los suyos (¡por desgracia, unas flores tan efímeras como ella...!)

(*Importantísimas explicaciones* para la distribución de las flores):

Va *un pensamiento* para mi tío y *otro pensamiento* para mi tía (sin contar todos los que brotan para ellos en el jardincito de mi corazón).

Los dos capullos de rosa son para Juana y Francis, y el que va solo es para Leonia.

Junto con las flores, Teresita quisiera enviar a sus queridos familiares todos los frutos del Espíritu Santo, ¡y muy especialmente el de la *Alegría!*

Inicio

Cta 261 Al abate Bellière

J.M.J.T.

Jesús + 26 de julio de 1897

Querido hermanito:

¡Cómo me ha gustado su carta¹! Si Jesús escuchó sus plegarias y por ellas prolongó mi destierro, también escuchó, en su amor, las mías, puesto que usted está resignado a perder «mi presencia y mi acción sensible», como dice.

Déjeme, hermanito, que le diga una cosa: Dios le tiene reservadas a su alma sorpresas muy agradables. Su alma, así me lo escribe, «está poco acostumbrada a las cosas sobrenaturales»; pues yo, que para algo soy su hermanita, le prometo hacerle saborear, después de mi partida para la vida eterna, la dicha que puede experimentarse al sentir cerca de sí a un alma amiga. Ya no será esta correspondencia, más o menos espaciada, siempre demasiado incompleta y que usted parece echar en falta, sino una conversación fraterna que maravillará a los ángeles, una conversación que las criaturas no podrán censurar porque estará escondida para ellas.

¡Y qué estupendo me parecerá verme libre de estos despojos mortales que me harían ver a mi hermanito como a un extraño y como a un indiferente, si *por un imposible* me encontrase delante de él entre muchas personas...! Por favor, hermano, no imite a los

hebreos, que añoraban «las cebollas de Egipto». [1vº] Demasiado le he servido, de un tiempo acá, esas hortalizas que hacen *llorar* si las acercamos sin cocer a los ojos.

Ahora mi sueño es compartir con usted «el maná *escondido*» (Apocalipsis) que el Todopoderoso prometió dar «al vencedor». Este *maná* celestial le atrae a usted menos que las «cebollas de Egipto» sólo porque está *escondido*; pero estoy segura de que, en cuanto yo pueda ofrecerle un alimento totalmente espiritual, no echará ya más en falta el que le habría dado si me hubiese quedado todavía mucho tiempo en la tierra.

Sí, su alma es demasiado grande para apegarse a ningún consuelo de aquí abajo. Tiene que vivir por anticipado en el cielo, pues Jesús nos dijo: «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón». ¿Y no es *Jesús* su *único tesoro*? Pues si él está en el cielo, allí debe morar su corazón. Y se lo digo con toda sencillez, querido hermanito: me parece que le va a ser más fácil vivir con Jesús cuando yo esté ya junto a él para siempre.

Muy mal tiene que conocerme para temer que una relación detallada de sus faltas pueda disminuir el cariño que siento por su alma. Créame, hermano, que no necesitaré «tapar con la mano la boca a Jesús». Hace ya mucho tiempo que tiene olvidadas sus infidelidades, y sólo tiene presentes sus deseos de perfección para alegrar su corazón. Se lo ruego, no se *arrastre* a sus *pies*, siga ese «primer impulso que lo lleva a sus brazos». [2rº] Ese es su sitio, y en esta carta he comprobado más aún que en las demás que le está *prohibido* ir al cielo por otro camino que no sea el de su pobre hermanita.

Estoy completamente de acuerdo con usted: «al Corazón de Dios le entristecen más las mil pequeñas indelicadezas de sus amigos que las faltas, incluso graves, que cometen las personas del mundo». Pero, querido hermanito, yo pienso que eso es *sólo* cuando los suyos, sin darse cuenta de sus continuas indelicadezas, hacen de ellas una costumbre y no le piden perdón; sólo entonces Jesús puede decir aquellas palabras conmovedoras que la Iglesia pone en nuestra boca durante la semana santa: «Esas llagas que veis en mis manos son las que me hicieron en casa de mis *amigos*». Pero cuando sus *amigos*, después de cada indelicadeza, vienen a pedirle perdón echándose en sus brazos, Jesús se estremece de alegría y dice a los ángeles lo que el padre del hijo pródigo dijo a sus criados: «Sacad enseguida el mejor traje, y vestido; ponédle un anillo en la mano y hagamos una fiesta».

Sí, hermano mío, ¡qué poco conocida es la *bondad* y el *amor misericordioso* de Jesús...! Es cierto que, para gozar de estos tesoros, hay que humillarse, reconocer la propia nada, y eso es lo que muchas almas no quieren hacer. Pero, hermanito, ésa no es su manera de actuar. Por eso el camino de la confianza sencilla y amorosa está hecho a la medida para usted. Yo quisiera que usted fuese *muy llano* con Dios, pero también... conmigo. ¿Le sorprende la frase? Lo digo, [2vº] querido hermanito, porque me pide *perdón* «por su *indiscreción*», consistente en desear saber si en el mundo esta *su hermana* se llamaba Genoveva. A mí esa pregunta me parece completamente natural, y para demostrárselo voy a darle algunos detalles acerca de mi familia, pues no ha sido bien informado.

Dios me dio un padre y una madre más dignos del cielo que [de] la tierra. Pidieron al Señor que les diese muchos hijos y que los tomara para sí. Su deseo fue escuchado: cuatro angelitos volaron al cielo, y las 5 hijas que quedaron en la arena tomaron por esposo a Jesús. Mi padre, como un nuevo Abraham, subió por *tres veces*, con un valor heroico, la montaña del Carmelo para inmolar a Dios lo que tenía de más querido. Primero

fueron las dos mayores; después la tercera de sus hijas², por consejo de su director y conducida por nuestro incomparable padre, hizo una prueba en un convento de la Visitación (Dios se contentó con la aceptación; *más tarde* volvió al mundo, donde vive como si estuviera en el claustro). Al Escogido de Dios no le quedaban ya más que dos hijas, una de 18 años y la otra de 14. Esta «*Teresita*», le pidió volar al Carmelo, lo que obtuvo sin dificultad de su buen padre, que llevó su condescendencia hasta acompañarla primero a Bayeux y después a Roma, con el fin de remover los obstáculos que retardaban la inmolación de la que él llamaba su reina. Y una vez que la condujo al puerto, dijo a la *única hija* que le quedaba³: «Si quieres seguir el ejemplo de tus hermanas, tienes mi consentimiento, no te preocupes por mí». El ángel que debía sostener la ancianidad de ese santo le contestó que, *después de su partida para el cielo*, ella volaría también hacia el claustro, lo que llenó de alegría a quien no vivía ya más que para Dios⁴.

Pero una vida tan hermosa debía ser coronada con una prueba digna de ella. Poco tiempo después de mi partida, el padre a quien tan merecidamente amábamos sufrió un ataque de parálisis en las piernas, que se repitió varias veces; pero no podía quedarse todo ahí, pues entonces la prueba habría sido demasiado suave, ya que aquel heroico patriarca se había ofrecido a Dios como víctima⁵. Por eso la parálisis cambió su curso y afectó a la cabeza venerable de la víctima que el Señor había aceptado...

Ya no me queda espacio para contarle algunos detalles conmovedores. Sólo quiero decirle que tuvimos que beber el cáliz hasta las heces y separarnos de nuestro adorado padre durante tres años, confiándole a manos religiosas, pero extrañas. [2v^otv] Él aceptó esta prueba, aun comprendiendo toda la humillación que entrañaba, y llevó su heroísmo hasta no querer que pidiésemos su curación.

[2r^otv] Hasta Dios, querido hermanito, espero volver a escribirle si el temblor de mi mano no va en aumento, pues me he visto obligada a escribir la carta en varias veces.

Su hermanita, no «*Genoveva*», sino «*Teresa*» del Niño Jesús de la Santa Faz.

NOTAS Cta 261

1 Una carta larga y de una gran confianza, de la que entresacamos algunos párrafos: «Mi santa y querida hermanita: ¡Lo he logrado! ¡Y qué fácil ha sido! Tengo su fotografía (...) A pesar de que haya «adoptado un aire solemne», como usted dice, querida hermana, yo la he encontrado igualita a como la conocía, muy buena, muy cariñosa, y -sí, sí- sonriente, diga usted lo que diga. Gracias por su condescendencia al darme esta alegría de tenerla casi realmente junto a mí, siempre conmigo. ¿Qué será cuando su propia alma anime esos rasgos, sonriéndole a la mía y viviendo de su vida? Eso será ya el cielo. ¿Y aún encontraré yo la manera de ser desdichado? ¿Cómo puede ser posible el menor sufrimiento cuando un rincón del cielo ilumina toda una vida? Pero, ¿sabe una cosa?, tengo miedo a que Jesús le cuente todas las penas que yo le he causado, toda mi miseria, y que entonces se enfríe su cariño. ¡Si supiera lo miserable que soy...! Si llega a ocurrir eso, ciérrele la boca desde el primer momento y venga, pues sin usted yo no puedo mantenerme en pie. (...) ¿Así que va a embarcarse conmigo para África? Primero, al noviciado (...) Y después de tres años, saldremos para el desierto, seremos misioneros. Allí usted se encontrará como pez en el agua. No nos faltará el sufrimiento, pero entonces yo seré su representante, porque usted ya no sufrirá. (...)

«Doy gracias a Jesús que ha querido dejarla un poco más entre nosotros. ¡Sí, cierto, cómo nos ama! Yo le he rezado mucho, le he exigido, le he gritado, y él se ha dejado vencer por nuestro dolor y nuestras lágrimas. Sin embargo, yo estaba resignado. En un primer momento la impetuosidad del dolor se desahogó en voz alta, luego vino la calma, y al final acabé pensando como usted. Sí, es bueno que se vaya. Además, así estará más cerca de mí. Pero mire una cosa: su presencia -o al menos su acción- ya no será sensible como ahora, y yo, que estoy poco acostumbrado a las cosas sobrenaturales, no logro hacerme a la idea de que usted estará realmente más presente en mi acción. No importa, ya no protesto, estoy preparado para su partida, quizás en parte debido a que no me parece tan inminente, ya que usted aún sigue viva.

[Me dice], «hermanita, que se siente feliz de saber que he entrado en el Amor por el camino de la confianza. Creo, igual que usted, que ése es el único camino que puede conducir al puerto. En mis relaciones con los hombres nunca he hecho nada por temor. Nunca pude obedecer a la fuerza; los castigos de los profesores me dejaban frío, mientras que las reprensiones hechas con cariño y con dulzura hacían que se me saltasen las lágrimas y me inducían a pedir disculpas y a hacer promesas que ordinariamente cumplía. Con Dios me ocurría casi lo mismo. Si me presentaban a un Dios airado, con la mano siempre armada para descargarla, me entraba el desaliento y no hacía nada. Pero si miro a Jesús esperando pacientemente mi regreso y concediéndome una nueva gracia después de haberle pedido yo perdón por una nueva falta, me siento vencido y reanudo la marcha. Lo que ahora a veces me retiene no es Jesús, sino yo mismo: tengo vergüenza de mí mismo y, en vez de arrojarme en los brazos de este amigo, apenas me atrevo a arrastrarme a sus pies. Con frecuencia, un primer impulso me lanza a sus brazos, pero me detengo enseguida a la vista de mi miseria, y no me atrevo. Dígame, Hermanita, ¿me equivoco? Pienso que al Corazón de Dios le entristecen mucho más las mil pequeñas cobardías e indelicadezas que le hacen sus amigos, que otras faltas, incluso graves, que escapan al control de la naturaleza. Usted me comprende y me hará generoso, irrefutable con Jesús.

«(...) Gracias a usted y a su familia supe yo que había un Carmelo en Lisieux. Unos compañeros míos de Lisieux hablaban un día entre ellos de una tal familia Martin que había dado tres hijas al Carmelo, y de otros parientes más lejanos. Una de las hijas había entrado a los 15 quince años, y otra después de haber cuidado de una manera admirable hasta el final al afortunado de su padre. Yo me encontraba presente, y más tarde, cuando pensé en pedir una hermana al Carmelo, buscando adónde podría dirigirme, me acordé de que había un Carmelo en Lisieux. Y ya ve qué coincidencia: su hermana me recibió y usted, la única de la que yo había oído hablar, me fue dada por hermana. Cuando recibí sus «fechas», me impresionaron las semejanzas, y saqué algunas conclusiones. ¿Me he equivocado? ¿No es usted la que en el mundo se llamaba la señorita Genoveva Martin? Le pido perdón por mi indiscreción, pero usted me ha enseñado a no tener nada oculto. Eso es. Sin embargo, una vez más perdón». (LC 191, 21/7/1897).

2 Leonia.

3 Celina.

4 Cf en *Histoire d'un âme* (ed. 1989, p. 347, nota 23) el añadido de la madre Inés: «Ven (dijo), vamos juntos ante el Santísimo Sacramento para dar gracias al Señor por las gracias que ha concedido a nuestra familia y por el honor que hace escogiendo a sus

esposas en mi casa. Sí, (...) si yo tuviese algo mejor, me apresuraría a ofrecérselo». Ese algo mejor *¡era él mismo!* Y el Señor lo aceptó como hostia de holocausto, lo probó como al oro en el crisol y lo encontró digno de sí. (Sb 3, 6).

5 *Ibid.*, p. 347, nota 19: «Madre mía, ¿te acuerdas de ese día, de esa visita al locutorio en que nos dijo: «Hijas, vengo de Alençon, donde he recibido en la iglesia de Nuestra Señora gracias tan grandes y tales consuelos, que he hecho esta oración: ¡Dios mío, es demasiado! Sí, soy demasiado feliz, no se puede ir al cielo así, quiero sufrir algo por ti. Y me he ofrecido...»? La palabra *víctima* expiró en sus labios, no se atrevió a pronunciarla delante de nosotras, pero nosotras comprendimos».

Inicio

Cta 262 A sor Genoveva

3 de agosto de 1897

¡Dios mío, qué bueno eres con la pequeña víctima de tu Amor misericordioso! Ni siquiera ahora que añades el sufrimiento exterior a las pruebas de mi alma¹, puedo decir: «Me cercaban olas mortales», sino que exclamo agradecida: «Aunque camine por las cañadas oscuras de la muerte, nada temo, porque tú, Señor, vas conmigo²».

(A mi queridísima hermanita sor Genoveva de Santa Teresa)

3 de agosto de 1897 - Salmo 22, 4

NOTAS Cta 262

1 Cf CA 3.8.8: «Desde el 28 de julio, los sufrimientos son grandes».

2 Cf Ms A 3^o/V^o, donde este texto se citaba en futuro.

Inicio

Cta 263 Al abate Bellière

J.M.J.T.

Carmelo de Lisieux

Jesús + 10 de agosto de 1897

Querido hermanito:

Ahora sí estoy a punto de partir. He recibido mi pasaporte para el cielo, y ha sido mi padre querido quien me ha alcanzado esta gracia: el 29, me dio la garantía de que pronto iré a reunirme con él¹. Al día siguiente, el médico, extrañado de los progresos que en dos días había hecho la enfermedad, le dijo a nuestra Madre que había llegado el momento de satisfacer mis deseos, administrándome la unción de los enfermos. Así pues, el 30 tuve esa dicha, y también la de ver que Jesús Hostia, a quien recibí en viático para mi *largo* viaje, dejaba el sagrario para venir a mí... Ese Pan del cielo me ha fortalecido: ya ve, parece que mi peregrinación no quiere acabarse; pero lejos de quejarme, me alegro de que Dios me permita sufrir un poco más por su amor. ¡Y qué dulce es abandonarse entre sus brazos, sin temores ni deseos!

Le confieso, hermanito, que usted y yo no entendemos el cielo de la misma manera². Usted piensa que, al participar yo de justicia y de la santidad de Dios, no podré disculpar sus faltas, como lo hacía en la tierra. ¿No se está olvidando de que participaré también de la *misericordia infinita* del Señor? Yo creo que los bienaventurados tienen una enorme compasión de nuestras miserias: se acuerdan de que cuando eran frágiles y mortales como nosotros, cometieron las mismas faltas que nosotros y sostuvieron los mismos combates³, y su cariño fraternal es todavía [vº] mayor que el que nos tuvieron en la tierra, y por eso no dejan de protegernos y de orar por nosotros.

Ahora, hermanito querido, voy a hablarle de la *herencia* que recogerá después de mi muerte. Esta es la parte que nuestra Madre le dará:

1º. El relicario que recibí el día de mi toma de hábito, y que desde entonces nunca se ha separado de mí.

2º. Un pequeño crucifijo, al que le tengo un cariño incomparablemente mayor que al grande, pues el que tengo ahora no es el primero que me dieron. En el Carmelo nos cambian de vez en cuando los objetos de piedad, lo cual es una buena medida para impedir que nos apeguemos a ellos.

Vuelvo al pequeño crucifijo. No es bonito, la cara de Cristo ha desaparecido casi por completo; no se sorprenderá cuando sepa que, desde la edad de 13 años, este recuerdo de una de mis hermanas⁴ me ha seguido a todas partes. Sobre todo en mi viaje a Italia ese crucifijo fue precioso para mí. Lo hice tocar a todas las reliquias insignes que tuve la dicha de venerar y cuyo número me sería imposible decir; además, fue bendecido por el Santo Padre. Desde que estoy enferma, tengo casi siempre entre las manos este querido crucifijo, y cuando lo miro pienso con gran alegría que, después de recibir mis besos, irá a buscar los de mi hermanito.

En eso, pues, consistirá su *herencia*. Además, nuestra Madre le dará la última estampa que he pintado⁵.

Voy a terminar, querido hermanito, por donde debería haber empezado: dándole las gracias por el *gran placer* que me ha dado al enviarme su fotografía.

[vºtv] Hasta Dios, querido hermanito. Que él nos conceda la gracia de amarlo y de salvarle almas. Este es el deseo que formula su indigna hermanita,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz
r.c.i.

(Me convertí en su hermana por elección.)

[r^otv] Le felicito por su nueva dignidad. El 25, día en que celebro el santo de mi padre querido, tendré la dicha de festejar también a mi hermano Luis de Francia⁶.

NOTAS Cta 263

1 El 29 de julio, tercer aniversario de la muerte del señor Martin.

2 El 5 de agosto, el abate Bellière le escribía: «Querida hermanita: En verdad, estoy dispuesto a todo lo que el Maestro quiera de mí. Tanto más cuanto que creo *plenamente* en sus palabras de usted y en sus proyectos para la otra vida. De todas maneras, querida hermanita, diga usted lo que diga, las «cebollas crudas» eran un manjar delicioso del que nunca me saciaba.

«Qué duda cabe de que Jesús es el Tesoro, pero yo lo encontraba en usted, y así se me hacía más asequible. Y en adelante él seguirá viniendo a mí por medio de usted, ¿no es cierto? Quiero decir que yo TODO lo espero de usted, tanto en el cielo como aquí en la tierra; y que mi confianza será lo suficientemente fuerte como para esperar, cuando lo necesite, una acción directa y manifiesta de esa alma amiga a la que Jesús hizo hermana de la mía en estrechísima unión.

«Querida, queridísima hermanita, la conozco lo suficiente como para saber que nunca mis miserias lograrían frenar su cariño aquí en la tierra; pero en el cielo, al participar de la Divinidad, usted adquirirá las prerrogativas de la justicia, de la santidad..., y entonces cualquier mancha se convertirá para usted en objeto de horror. He ahí la razón de mis temores. Pero como espero que allí seguirá siendo una niña mimada, hará lo que hubiera deseado en la tierra para mí. Así lo creo y así lo espero. También espero de usted esa *confianza amorosa* que aún me falta y que deseo ardientemente, pues pienso que con ella uno es plenamente feliz aquí abajo y no se le hace demasiado largo el destierro.

«¡Qué buena es usted, querida hermanita, con esa sencillez y esa apertura que me encantan y me confunden! Estoy tan poco acostumbrado a encontrar eso entre los hombres, que a veces me quedo casi atónito, aunque con una enorme alegría. (...) ¿Querrá decirme también cómo se ha convertido usted en hermana mía? ¿Por elección o por sorteo?» (LC 193, 5/8/1897).

3 Pensamientos parecidos en ARMINJON, *op. cit.*, pp. 310s.

4 Leonia.

5 Ver Cta 266.

6 Nombre que el abate Bellière había tomado recientemente en la Tercera Orden franciscana.

Inicio

Cta 264 A sor María de la Trinidad¹

A mi querida hermanita,
en recuerdo de sus 23 años.

12 de agosto de 1897.

Que tu vida sea toda ella de humildad y de amor,
para que puedas ir pronto adonde voy yo:
¡a los brazos de Jesús...!

Tu hermanita,

Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz

NOTAS Cta 264

1 Líneas a lápiz al dorso de una estampa de la Sagrada Familia.

Inicio

Cta 265 A sor María de la Eucaristía¹

22 de agosto de 1897

A mi querida hermanita sor María de la Eucaristía, en recuerdo de sus 27 años.

T. del Niño Jesús

NOTAS Cta 265

1 Líneas a lápiz al dorso de una estampa que representa a san Antonio de Padua.

Inicio

Cta 266 Al abate Bellière¹

25 de agosto de 1897

Anverso:

Yo no puedo tener miedo a un Dios que se ha hecho tan pequeño por mí... ¡Yo lo amo...!
¡Pues él es sólo amor y misericordia!

Al dorso:

Ultimo recuerdo de un alma hermana de la suya.

T. del N. J.

NOTAS Cta 266

1 Dedicatoria a lápiz, al dorso de una estampa, la última que pintó Teresa, en mayo-junio;
cf Cta 263.